

Cuéntanos

Tu

Locura

II



Editorial Arriba del Pegaso ediciones.

**Cuéntanos tu locura II.
Editorial Arriba del Pegaso ediciones 2016.**

Diseño y diagramación a cargo de grupo Arriba del Pegaso
Editado por Arriba del Pegaso Ediciones

Impreso en Santiago de Chile por
Editorial Arriba del Pegaso ediciones.
Primera edición
Noviembre 2016, Santiago de Chile

Contacto Facebook: Arriba del Pegaso Ediciones



*Se permite la reproducción parcial o total de la obra
sin fines de lucro y con autorización previa del autor*

Agradecimientos

A nosotros, el colectivo de artistas por la inclusión “Arriba del pegaso”: Katia Santis, Aníbal Estévez, Javier Gómez, Paola Scarfó, Pablo Silva, Alejandro Márquez, Andrés Baeza, Carlos Castro, Raúl Calvo, Jorge Gutiérrez, Roberto Barrios, Camila Ovalle y Luna Henríquez, por su capacidad organizativa, compromiso emocional y creativo con el grupo y sus tareas, pese a su supuesta discapacidad psíquica.

A nuestras familias, por el apoyo y confianza para iniciar nuevos caminos.

A nuestra estimada mentora Camila Ovalle, por su preciosa guía y apoyo para volar en el Pegaso, y en nuestro proceso creativo.

A Renoval, por su constante apoyo para hacer realidad nuestros proyectos.

A Patricia Altamira, encargada del Café literario Balmaceda, por facilitarnos el espacio para encontrarnos a crear.

Al ‘Centro de creación y participación ciudadana Infante 1415’, por albergar nuestra fábrica.

También a la Ilustre Municipalidad de Providencia, por su iniciativa de los fondos concursables para la participación de vecinos.

A nuestro jurado, Luz Valderrama, Tamara Garay y Luna Henríquez.

Agradecemos especialmente a Paola Scarfó, que vino desde Argentina, por su constante aporte al grupo.

A Angie Reyes por su guía y por ayudarnos en perfeccionarnos en las artes de la encuadernación.

Prólogo

Vivimos en una manada donde inherentemente tendemos a separar, dividir, segregar y diferenciar. Discriminar, seleccionar, calificar, acreditar, juzgar y diagnosticar. ¿Quiénes somos? ¿te conozco? ¿nos reconocemos? ¿me conozco? etiquetas, etiquetas y etiquetas conceptuales, términos que terminan por distorsionar lo que realmente es. Somos seres múltiples, dentro de nosotros habitan bestias, niños, dioses y un sinfín de “yo(es)” que muchas veces no sabemos encausar, dirigir o aceptar. Todos somos locos en medida de que nos denominamos “normales”, normales que vivimos en una sociedad donde se aniquila con medicamentos a los débiles y se entrega el alma a seres que sí podemos llamar desquiciados, ya que padecen la peor de las enfermedades: la ambición.

Arriba del Pegaso ediciones es un despertar de una pseudo enfermedad, es darle curso al flujo de la naturaleza, a una naturaleza que nos dice que nunca debemos “*bajarnos del pony*”, es el deber y el derecho a aceptarnos y unificar las banderas de la diferencia.

Macarena Yupanqui. 2015

Introducción

¿Qué es Arriba del Pegaso?

Arriba del Pegaso es una editorial independiente, conformada por un colectivo de artistas por la inclusión, cuyo objetivo es permitir a las personas con una condición y/o estado de salud mental distinto o especial, reunirnos a hablar y a escuchar, expresando y dándole forma a nuestros mares de creatividad, para luego publicar y transmitir a la sociedad todos los pensamientos, ideas, y todo el talento de estas personas, para que sean conocidas en la dimensión social actual, también conocida como la sociedad contemporánea, y dar cuenta que no solo las personas “normales” tienen la capacidad y el talento para dar vida a millones de mundos imaginarios que son compartidos por nosotros para agradar a nuestros lectores.

¿Cómo empezó la Editorial?

La prehistoria viene del 2012, desde el taller literario de Renoval, una clínica de salud mental, con la intención de expresarnos literariamente, y más tarde, como inquietud del grupo, publicar nuestros textos en un libro real. Este libro se llamó “Cuando la voz sale del nido, la sabiduría de lo espontáneo” 2014 y fue financiado por una farmacéutica. Regalamos y vendimos más de 300 copias. Gracias a esto, con el dinero recaudado y empujados por la necesidad de ser mas autonomos decidimos independizarnos y aprender a hacer libros nosotros mismos; la escritora Claudia Apablaza nos sugirió conocer las editoriales cartoneras.

Compramos equipos, arrendamos taller (al comienzo en Lilith Libros donde fuimos muy felices junto a Ale y Feña), pudimos contratar profesores especialistas: Macarena Yupanqui, John Bacánales de ‘Opalina Cartonera’ e Ignacio Cuevas de ‘Isidora Cartonera’.

El nombre escogido por los participantes del grupo, fue “Arriba del Pegaso”, y es debido a la frase “bájate del pony”, la que nos decían por soñar mucho.

Decidimos seguir creyendo en nuestros sueños y no “bajarnos del pony” si no “subirnos al Pegaso”.

Gracias a esta porfía hemos podido vivir todo el proceso de creación de libros: los días martes nos encontramos a escribir y los días lunes a fabricar nuestros libros, fruto de esta constancia y trabajo presentamos nuestras obras:

Titulo	Genero	Autor	Año
Cuando la voz sale del nido	Compilación de cuentos	Varios autores	2014
Cuando la voz sale del nido 2	Compilación de cuentos	Varios autores	2016
Cuentanos tu locura 1	Compilación de cuentos	Varios autores	2015

	Ganadores		
Dotados	Comic	Katia Santis	2015
La teatral vida de Mía	Novela Corta	Luna Henríquez	2016
Los juguetes del futuro	Novela Corta	Saca jugo de Ficción	2016
Negro y Blanco	Poesía Ilustrada	Roberto Barrios	2016
Sistema cero	Cuentos ilustrados	Rodrigo Sierra	2015
Una piedra obcecada y abandonada por el amor	Poesía	Javier Gómez	2015
Ataúdes contentos	Poesía	Javier Gómez	2016
Ideas de lejanía	Poesía	Javier Gómez	2016
Dolor solo dolor	Poesía	Javier Gómez	2016
Coloreando la mitología	Libro para colorear	Alejandro Márquez	2016
Coloreando Los Dinosaurios	Libro para colorear	Alejandro Márquez	2016
Libro para pintar	Libro para colorear	Raúl Calvo	2016
Cuéntanos tu Locura 2	Compilación cuentos concurso	Varios autores	2016

¿Cómo nace el concurso “Cuéntanos tu locura”?

En animadas conversaciones acerca de lo difícil que es a veces vivir en el mundo, trabajar, estudiar, tener amigos, etc..., sentimos que es injusto ser nosotros discriminados por “locos” siendo que nos parece que el mundo está bastante loco en general.

Creemos que la locura es un rasgo humano del que nadie está libre y que digerir la angustia es tarea de todos.

Para hacer una sociedad menos discriminadora, donde no se etiqueta lo distinto si no que se valora y se acoge, decidimos crear el concurso “Cuéntanos tu locura”, donde convocamos a los “normales” que deseen volar en nuestro Pegasus, para así desplegar sus alas y atreverse a

compartir momentos locos que hayan vivido acerca de lo extraño, lo excéntrico, lo genial, lo maravilloso, lo milagroso, lo desadaptado, lo que da miedo, lo que ilógico, lo siniestro, lo desconocido que han experimentado en sus vidas.

Reflexión del concurso ‘Cuéntanos tu locura II’

Es un orgullo para nosotros nuevamente hacer de la locura algo que no esté limitado a personas con un diagnóstico de salud mental, a través de esta plataforma de expresión literaria.

Consideramos que la locura no es un ámbito privativo de algún porcentaje minoritario de las personas que conforman nuestra sociedad actual, sino que por lo contrario, es algo que nos involucra a todos, ya que nadie está exento de algo que para algunos es considerado como un regalo, ya que la locura es también una forma de genialidad distinta a la convencional.

Ya a un año de la primera versión del concurso, deseamos que la locura sea algo intrínseco a una forma de percibir el mundo, y que no esté oculta o se esconda, casi como si fuese algo malo, algo prohibido, ya que la locura bien encausada puede ser algo excepcional, como una forma de entender la realidad fuera de la lógica de lo corriente.

La locura también puede ser vista como un don precioso del universo, ya que escapa de lo establecido, de lo convencional, por el criterio común, respecto a lo considerado como un empobrecimiento establecido como la normalidad.

¿Cómo se eligen los cuentos a publicar?

En esta segunda versión del concurso, recibimos en esta ocasión 32 cuentos, en donde incluso participaron personas de otros países.

Los jurados fueron los siguientes:

Tamara Garay, funcionara de la Municipalidad de Providencia. Luz Valderrama, activa impulsora de ‘Arriba del Pegaso’. Luna Henríquez, editora y coordinadora principal de ‘Griffo Ediciones’.

Los criterios de evaluación fueron establecidos por el grupo Arriba del Pegaso y son:

Originalidad, Impacto Emocional, aporte a la inclusión y capacidad de “irse en la volá.

¿Y qué sigue?

Como grupo aspiramos a poder seguir auto gestionados y nos interesa hacer redes para así capacitarnos y poder hacer libros de cada vez mejor calidad, además de realizar trabajos para externos.

Si se interesan en colaborar con nosotros, puede contactarse a:

cuantanostulocura@gmail.com
Facebook: Arriba del Pegaso Ediciones

Editorial Cartonera Arriba del Pegaso

Primeros Lugares

PRIMER LUGAR

Lloré mil horas, reí mil horas

Pero hoy me siento apenas como laguna insomne con un embarcadero ya sin embarcaciones una laguna verde inmóvil y paciente conforme con sus algas sus musgos y sus peces, sereno en mi confianza confiando en que una tarde te acerques y te mires, te mires al mirarme.

(Estados de ánimo – Mario Benedetti)

Hospital San Juan de Dios, Quinta Normal, 18 de septiembre de 1975. Lanzo mi primer llanto al aire, luego de un parto difícil en que un temible fórceps, me obliga a salir del útero de mi madre, quien me parió a sus 20 años recién cumplidos. Eran tiempos difíciles para muchos y entre varios de mis familiares y amigos por conocer, se urdía una angustiante sensación, generada por el terror y la opresión que dominó a Chile desde el 11 de septiembre de 1973. Dos años y 7 días después del golpe de estado en Chile, salgo de mi madre, llorando y forzada. Siempre pienso en eso, a veces tan vívidamente que llego a sentir la presión en mi cuello de recién nacida.

Hotel Prat, Valparaíso, 10 de Mayo de 2001. A mis 26 años, una oportunidad laboral me lleva a instalarme en Valparaíso, un lugar donde siempre había querido vivir. Como no conocía a nadie allá, arrendé un pequeño departamento en el edificio que el hotel Prat ocupaba. Luego descubriría los cerros, las coloridas fachadas, las casas antiguas con techos hasta el cielo. Sentía una alegría desbordante pero, también una sensación de soledad hasta ese entonces desconocida. Era la primera vez en mi vida en que estaba a tantos kilómetros de amigos, familia, lugares comunes y conocidos, pero la experiencia me fascinaba. Miro hacia atrás y me doy cuenta de que mis años en Valparaíso siempre estuvieron entre la euforia y la tristeza, entre la fascinación y el temor, entre la soledad y el constante descubrimiento de lugares, personas y sensaciones nuevas.

Entre el nuevo trabajo que ha sido el más demandante que he tenido hasta ahora, con extenuantes horarios y jornadas que a veces, me tomaban semanas completas y una obsesión que me ha acompañado desde mi temprana adolescencia; llegué a un punto de quiebre, recién cumplidos mis 27 años. Desde mis 12 años a mi familia parecía molestarle mi sobrepeso, veo fotos de esos años y creo que no era necesario inyectarle tanta energía a ese tema, pero sé que para ellos era importante y creían estar ayudándome. A los 14 años me llevaron a una doctora que me recetó pastillas de recetario magistral, era 1991 y el tema estaba descontrolado en Chile, tomar anfetaminas mezcladas con otras drogas para adelgazar, en ese entonces, contaba con aprobación del ISP y de las instancias oficiales.

Obviamente, las pastillas funcionaron y a los 14 años, bajé 10 kilos y no dormí bien en 3 meses. No lo sabía en ese entonces, pero había usado drogas para adelgazar, con aprobación y conocimiento de mi familia.

Dejé las pastillas después de una conversación con alguien que, preocupado por mis cambios anímicos y falta de sueño, me sugirió que las dejara. Recuperé todo el peso perdido y comencé a hacerme amiga y enemiga de mis altibajos anímicos y de peso, utilizando diversos métodos para adelgazar, unos más, otros menos dañinos, a lo largo de mi adolescencia y mi entrada a la adultez, creo haber hecho uso y abuso de los más variados métodos.

No lo tenía claro en ese entonces, pero tuve cambios anímicos potentes desde muy pequeña. El más intenso que recuerdo, fue a los 19 años, cuando dejé la carrera que estudiaba y me mantuve enclaustrada por 3 meses en casa de mis padres. No había racionalidad ni menos análisis de esos procesos, solo pasaban. Porque así como a veces lloraba, también reía y eso nos daba a mí y quienes me rodeaban, una errónea sensación de “normalidad”, una equivocada idea de que no había nada de qué hablar o nada que resolver en esos procesos.

Cerro Concepción, Valparaíso, 5 de noviembre de 2002. Traigo Valparaíso de vuelta a este relato, porque es allí, en donde se me reveló lo que no había entendido. Lo que no había logrado integrar a mi vida. A mis 27 años, instalada ya hacía 1 año y 6 meses en la ciudad, viviendo en Cerro Concepción, en una casa antigua en la que adoraba estar, con nuevos amigos, nuevo entorno, muy cansada del trabajo, pero contenta, decido volver a la carga y batallar nuevamente con mi sobrepeso. La droga recetada por un doctor con muchos diplomas en su muro fue, SIBUTRAMINA. Como con todas las drogas anorexígenas, el objetivo fue alcanzado con rapidez.

Muy delgada y muy cansada, llegó un día de noviembre de 2002 en el que dejé de dormir. Fueron 4 noches, en las que con suerte descansaba 30 minutos o una hora y luego, seguía, impulsivamente escuchando música y cantando, con ganas de caminar, bailar, escribiendo mil ideas de proyectos musicales porque me gusta mucho cantar, eufórica y contenta, desbordada de una inusitada energía. En el quinto día, se exacerbó la euforia, si bien es cierto, no dañé a nadie, no generé disturbios en la vía pública y tuve un comportamiento bastante similar al de varios amigos, en circunstancias de celebración, el tema se volvió preocupante porque ya llevaba 5 días sin dormir casi nada, porque mi comportamiento no era “normal” en mí, porque solía ser una persona más contenida y en esos días, mi impulsividad era desbordante, porque le hablaba a desconocidos, porque gasté más dinero que el que solía gastar, comprando discos, sombreros y otros objetos que me gustan; porque la euforia, cuando es mucha, asusta.

Mi hermana que se había ido a vivir conmigo a Valparaíso hacia unos pocos meses y que contaba en ese entonces con apenas 21 años, estaba atemorizada, descolocada y sin entender mucho esta situación. En el séptimo día de mi euforia, habiendo hecho un breve paso por el hospital Van Buren, mi hermana y una amiga enfermera, haciendo caso a la recomendación hospitalaria, me llevaron al Hospital psiquiátrico Del Salvador de Playa Ancha. Ese día y los 4 posteriores, están en mi memoria, como el capítulo de un libro o una película que vi hace años. Difusos, entre conversaciones con doctores, enfermeras pasándome pastillas de colores,

yo negociando con ellas que no me drogaran o que me dijeran que podía confiar en ellas. Dormir, dormir mucho, despertar tranquila, darme cuenta de que a pesar del lugar ordenado, limpio y amable, estaba encerrada.

El diagnóstico fue TRASTORNO BIPOLAR TIPO II, la indicación fue eliminar la sibutramina, medicación y visitas semanales al psiquiatra. Fui dada de alta a la semana y la salida del hospital, fue liberadora, pero también aterradora.

Etiquetar, darle un nombre, poner una especie de estampilla a situaciones que yo asumía como parte de mi personalidad, fue un proceso doloroso, remecedor y muy atemorizador. Pasé por varios medicamentos, ácido valpróico – Valcote el primero y el que tuvo más y peores efectos secundarios, lamotrigina – Lamictal, menos efectos secundarios, pero ninguna mejora de mi ánimo, topiramato – Toprel, cuyo efecto secundario de disminuir mi apetito y causar una impresionante baja de mi peso; fue lo único que me hizo tomarlo por 3 años. Pasados 4 años de ese primer “diagnóstico”, decidí que la medicación lisa y llanamente no me gustaba. Que no condicionaría mis decisiones, ni mi forma de ver la vida, a un diagnóstico que podía ser muy médicamente correcto, pero que simplemente, me estaba nublando la vida.

Continué viviendo, seguí trabajando, en pegadas buenas y malas, seguí arreglándomelas y decidí, seguir siendo la persona independiente y auto-valente que había sido, desde que era muy pequeña. Sin temor y sin pudor eso sí a buscar compañía y ayuda, cuando el frío y la depresión arrecian. Si tengo que evaluar, realizar una línea de eventos, concretizar lo que ha sido mi ánimo en estos años, por supuesto que debo aceptar que he pasado por profundos altos y bajos, pero decidí que lo importante, no es la cronología, sino como me llevo con mi ánimo, como me acepto y como aprendo de cada uno de mis procesos y los de otros. Decidí no ser una víctima, decidí asumir la bipolaridad como asumo el otoño y la primavera. Como estados, no como apremios.

En esta ruta he encontrado literatura e historias de Franco Basaglia, psiquiatra italiano que renovó y humanizó el trato a personas con enfermedades o condiciones psiquiátricas, impulsando el cierre de psiquiátricos de vieja escuela, en donde métodos convencionales pero muy crueles, daban un tratamiento maltratador y sin efectos de mejora. Encontré también el trabajo de Robert D. Laing, que hablaba de "curación" y planteaba una crítica al tratamiento convencional en el que se niega al enfermo la posibilidad de una curación real. Propuso "casas comunitarias" que son residencias alternativas a las clínicas mentales convencionales en las que se respeta ese proceso metanoico y se permite que se produzca completamente, un ejemplo de estas casas es Kingsley Hall (en Londres).

Hoy, a 14 años del episodio hipomaniaco, me encuentro con instancias y grupos en Chile en donde se habla del tema, se trata a la salud mental con relevancia y respeto.

Encuentro agrupaciones que dan apoyo, entonces compruebo una vez más, que no estoy sola, que el diagnóstico no me define, ni define a nadie. Si bien es cierto, el estigma pesa y en los lugares en donde he trabajado, no suelo mencionar el “diagnóstico” porque tengo temor a ser despedida o a que cualquier falla sea atribuida a la “bipolaridad” es por eso mismo, que ahora tengo ganas de salir a la luz, de dar visibilidad y de trabajar más concretamente por mejoras

no solo para mí sino para todos quienes las necesiten, porque reconozco, que todavía siento temor en ocasiones, pero sentirme parte de algo, me ayuda a espantar a los demonios.

María Cristina Pino Araya

Pseudónimo: Ma. Cristina P.

SEGUNDO LUGAR

Voces

Cuando tenía 12 años, con mi amiga Ana, decidimos hacer un experimento sobrenatural, jugar al juego de la copa, es un juego similar al de la Ouija. Recortamos papeles con el alfabeto, lo ponemos en círculo y una copa en el medio, boca abajo, nuestros dedos índices sobre la copa, de esta manera cuando hacemos alguna pregunta, la copa se mueve hacia las diferentes letras y forman la palabra que el espíritu quiere decir. Según la leyenda, no importa lo que pase en la sesión espiritista, el primero que sale corriendo se lleva el espíritu consigo mismo.

Decidimos hacer el juego en el baño del colegio, jugábamos Ana y yo pero había muchas chicas mirando, yo me partía de la risa, movía la copa contestando como si fuera el espíritu, pero de repente, la copa se empieza a mover, mi dedo quedo pegado a la copa, ya no reía, sino que lloraba, las puertas de los baños se abrían y cerraban solas. Cuando la copa me soltó, salí corriendo primera, temblaba de miedo literalmente. Por el colegio se corrió la voz de lo que habíamos hecho, pero no me importaba si se enteraban todos, estaba aterrada, tratando de buscar una explicación racional para lo que había vivido.

Por la tarde de ese mismo día, estábamos andando en patines con mi amiga Ana, hablando de lo que había pasado, y ya sentíamos como que lo habíamos imaginado.

Mientras andaba en patín sentí que de golpe alguien me empujo, y Ana también, seguimos un rato más, pero los empujones eran cada vez más fuertes, nos sacamos los patines y comenzamos a correr para mi casa, antes de llegar a mi casa, vemos que caen desde el cielo pedazos enormes de hierro, como si fueran partes de un coche, entramos a mi casa y le contamos todo a mi madre, salimos fuera para ver los pedazos de hierro, pero no había nada, pensaba que me estaba volviendo loca, decidí nunca más volver a jugar con esas cosas, y nunca más volvimos a hablar con Ana de esto.

Un tiempo después mientras me estaba por dormir, empecé a escuchar unas voces, no una, sino varias, pero no les entendía, me despertaba y se me olvidaba lo que escuchaba, cuando llegue a los 15 años estas voces ya no me dejaban dormir, me hablaban incluso en otros idiomas que nunca había escuchado, a veces hablaban entre ellas, y hasta veía imágenes, soñaba despierta, las puertas se abrían solas, tenía miedo, nadie me creía así que deje de contarlo, me sentía rara, loca, sola y sobre todo angustiada.

A los 18 años, decidí ignorar las voces, y poco a poco fueron desapareciendo, un año más tarde, mientras intentaba dormir, escuche a mi novio de ese momento, hablando con un amigo, al otro día le conté, lo que había escuchado y con quien hablaba, él no lo podía creer, era tal cual lo que habían dicho, no le dimos más importancia, yo no quería seguir con el tema y volver a convertirme en algo raro, menos para mi novio.

A partir de ese momento me di cuenta que yo no estaba escuchando espíritus, sino que captaba voces de diferentes tiempos y lugares, de otras dimensiones y comencé, igual que una emisora de radio a sintonizar las voces cada vez mejor, me podía centrar en algunas, para poder escuchar mejor, siempre antes de dormir, incluso tenía imágenes. Hasta que un día, una voz, que me resulto familiar me grito muy fuerte, me dijo no lo retes más!! Que en mi idiomas es, no lo regañes más, y me di cuenta que se refería a mi hijo, esa vos me estaba avisando que

no tenía que regañar a mi hijo, un tiempo después comprendí perfectamente que no debía regañarlo, que mis reglas y mis normas solo eran para mí, y que si quería que mi hijo fuera el mismo, y pudiera desarrollarse como realmente era él, sin sentirse rechazado, extraño, o malo, tenía que dejarlo ser, y descubrir su propias normas, y de esta manera poder traer al mundo nuevas visiones, y normas creativas, a fines a él y no a mí.

Estas voces me estaban guiando, y pensé que tal vez, esa voz era yo desde otro plano donde no hay tanto juicio, tanto miedo, y podía ver las cosas más claras, no lo sé. Tal vez era yo, o tal vez era ese espíritu que me había llevado conmigo ese día en el colegio, o tal vez esa experiencias me había conectado a una parte de mi dormida, la verdad es que siento que dentro de mi existe un universo, muchas versiones de mí.

Cada persona de este mundo es un universo, y que podemos conectarnos de diferentes manera, en diferentes dimensiones y vibraciones, pero por el miedo a ser diferentes, a controlarlo todo, no nos abrimos a esa realidad más compleja.

No tengo la respuesta de lo que son estas voces, y tal vez nunca lo sepa, lo que sí sé, es que a través de ellas aprendí a vincularme con el universo de otra manera, siento una gran confianza en que todos en algún nivel estamos unidos, y que ocupamos un lugar importante, todos diferentes cumpliendo con diferentes funciones, y que yo no soy quien para juzgar la función o el lugar en el universo del otro, mucho menos imponer mis reglas, juicios, o deseos, es como si todos estuviéramos unidos y separados al mismo tiempo, como las neuronas, solo transmitimos información, separados no podríamos, pero cada uno en su diferencia cumple con algo más grande que uno.

Pseudónimo: TasHinKa

Natalia Costa

TERCER LUGAR

En la búsqueda del medicamento perdido

Aquella mañana como de costumbre y como parte de la rutina mensual que impone mi bendita enfermedad, concurrí a la farmacia por uno de mis medicamentos. Me atendió una dependiente voluminosa, que se aferró con sus dos manos regordetas a la receta y a los resultados de mi hemograma, inspeccionándolos al estilo “Agatha Christie”. Con una delicadeza digna de una geisha, me soltó su sentencia final: “El examen esta fuera de plazo...”. Mi semblante palideció, y con desesperación logré murmurar....Es que se me acabó la cloza... y me puedo descompensar... Por lo demás, le estoy entregando a esta farmacia una pequeña fortuna, que supongo se la reparten con el generoso laboratorio.

Resulta que tal laboratorio nunca me dio una señal de humanidad. Jamás fui favorecido por un “lleve tres” y “le obsequiamos uno”; o una rebaja del 5%, por usar la colonia Hugo Boss, diseñador de los uniformes hitlerianos de la SS., nuestro enemigo mortal. En síntesis comprendí que la industria farmacéutica era un frío negocio, deshumanizado por el vil dinero, que no se compadece de la salud de una persona.

La desesperación tiene cara de hereje y pedí hablar con el químico farmacéutico. Profesional, especializado en la alquimia moderna, que con un poco de esfuerzo intelectual, combinando fórmulas moleculares e invocando la nanomedicina, podría contribuir a fabricar un bioequivalente o genérico “chilensis”, a un precio, al alcance del uno por ciento de los locos que habitamos esta larga y angosta faja de smog.

De su oficina emergió, el profesional, al cual le supliqué que me permitiera llevarme las seis cajas milagrosas. Le argumenté que en la actualidad, se dan más facilidades para adquirir la marihuana a un costo menor y con menos trabas; y que hasta podríamos tener en nuestros hogares unos simpáticos maceteros con las dichas plantitas.

Si yo pudiera plantar semillas de cloza, no le estaría haciendo el melodrama. Le expliqué que al parecer mi enfermedad se gatilló por los pitos. En mi velador solía conservar la hierba, envuelta en amarillentos papeles de diario, que amargaban la vida de mis viejos.

Supongo que a futuro, tendré derecho a demandar a la nueva tía rica de la marihuana, presidenta del directorio de la Fundación Taya, Dacha o algo así... que con sus competencias histriónicas e imparable verborrea, logró doblarle la mano a los psiquiatras y a nuestro Estado contemplativo. El personaje en cuestión, obtuvo su negocio y podemos descansar de su presencia en los medios de comunicación, mientras se discute en el Congreso sobre el número de matitas de la hierba que podemos tener en nuestras casas. En todo caso, le negaré su intromisión en mi morada.

En los campos de Colbun está la mayor plantación legal de cannabis de América Latina. Vale una fortuna, envidia para los narcos y esperanza de alivio para los pacientes. Al parecer un aporte al desarrollo sustentable de la región o al reinado de la oscuridad... Si pudiera acceder a una plantación similar y milagrosa, para regular mi comportamiento cerebral.

El químico, resultó ser un empleado más, sin poder de decisión. Estudiar una carrera científica- universitaria de cinco años, para negarle a un cliente habitué (Llevo más de diez años comprando en dicha farmacia), el despacho de una receta, por estar vencida en un día; y por temor al tirón de orejas de sus patrones: gerentes, ingenieros comerciales. Profesionales,

todos ellos, que comprenden “muy bien”, la problemática. En sus proclamas de marketing suelen declarar: “Que nos lleve “Garay”, si mentimos, pero estamos seriamente preocupados por mejorar la salud mental de los chilenos”.

Finalmente, ante la negativa del alquimista, el examen terminó como una bola de papel entre mis manos, fue en vano mi insistencia y encorvándome hasta casi tocar el suelo, salí frustrado de aquel divino, generoso y comprensible quiosco-farmacia, al servicio de la salud de todos los chilenos.

Al día siguiente, estaba en las manos de una paramédica. “Lo pincho en el brazo izquierdo o derecho”... Observé el moretón de mi brazo derecho y en broma le dije: Píncheme en la yugular.

“Está bien. Estire el cuello como una jirafa...”. Me asusté y procedí a extender el izquierdo... Observé que se trataba de una muchacha joven, respiré profundo, cerré los ojos y rogué que tuviera manos de novicia...Resultó infructuoso el primer intento...Pasamos al segundo, con dificultad, para localizar esa escurridiza prieta venosa... La novicia coronó su intervención, con un frasquito de mi sangre, depositando un algodón en mi agujero, para luego colocarle un pequeño círculo de plástico, trofeo de mi segunda muestra del mes...

Pedí a mi abuelo, retirar el examen. Armado con un papel digno de un salvoconducto o una orden judicial. Se destacaba en negritas con unas siglas enormes OT y un número identificador y los datos de mi persona. Mi abuelo regresó desplumado y arrastrando sus cansados pies, pues la enfermera se negó a entregarlo, exigiendo un poder simple del paciente. Pese a que mi abuelo fue a suplicar a la Dirección Administrativa, la decisión de la enfermera fue lapidaria: “Las normas y los reglamentos hay que cumplirlos...y aquí no vale la OT, la compasión, el sentido común y la amplitud de criterio...”.

Luego de conseguir un computador con impresora y conexión a la red y utilizando el número de la orden de trabajo (OT), logré imprimir el anhelado resultado del examen. Todo normal, los leucocitos no destiñen y son los que tienen que existir ¡ Se ha dicho !.

Nuevamente me encaminé en dirección de la Farmacia. Con optimismo y fe en la tarea cumplida me dirigí al alquimista, quien me salió al encuentro con el mejor ánimo de ayudarme. Recibió la copia del examen, pero fijó con detección su atención en la orden médica. Luego de un lapso de tiempo, se aventuró a decirme: “Pero esto es una fotocopia de la receta original”. No puedo recibirla. Deberá consultar nuevamente a su médico”.

Abandoné la farmacia, incrédulo y decepcionado. Me senté en la cuneta y eché a andar mi paranoia. Me imaginé un mundo de salud pública como un paraíso, con espejos de agua y grajeas brotando de fuentes eternas. Bastaba con abrir la boca y tragar la dosis exacta. Atendido por una sinfonía de médicos, terapeutas ocupacionales, psicólogos, enfermeras y paramédicos, comprometidos con la salud mental. Todos unidos y coordinados, ocupados de nuestra rehabilitación y reinserción social, con enfoque sistémico e integral, sin trabas burocráticas y monetarias, sin la incompreensión del mundo exterior....

Pseudónimo: Dicolepó

Héctor Gómez Fuentes

Menciones Honrosas

ESPÍRITU PEGASIANO

El Transardina

Eran las cinco de la madrugada, cuando la humilde pobladora llega a pie hasta la esquina de la calle por donde se supone que habría de pasar La 105.

Una hora después, se pregunta si no se habrá equivocado de Esperadero; pues tampoco está el refugio; ni siquiera sus escombros.

Pronto, comprueba que sí, que efectivamente está en la esquina correcta.

Y ahí permanece ella, mirando hacia todos lados, entumida de frío y añorando un cierto color amarillo.

Alguien, que ha estado escondido detrás de un árbol, aparece de improviso y suavemente la toca por un hombro.

Es un hombrecillo de baja estatura. Lleva un uniforme de color naranja y porta desordenado un montón de mapas de todos los colores y tamaños que lo envuelven casi por completo, más una libreta de regular tamaño y un lápiz; un lápiz que sostiene firmemente en su mano izquierda; un detalle que él estima muy importante.

El cargo se lo había conseguido el Bam Bam.

“Escucha –le había dicho el Bam Bam–: si querís la pega, tenís que ponerte un apellido rimbombante y que empate con alguien del Gobierno. ¿Cachay el mote? Y con eso pasay piola. ¡Ah, y no te olvidís de simular que en todo eres de Izquierda!”

Y por eso el gil agarraba el lápiz como si fuera zurdo.

Con una voz artificialmente engolada, hablando todo pegado y con prisa, se presenta a la ciudadana, diciéndole:

–Buenos días, dama. Soy su Monitor Transandina; mi nombre es Michelino Salvador Lagos Alvear. ¿En qué puedo servirla?

– ¡No le entendí ni medio! Pero, dígame, ¿es usted el Informador de esta cuestión?

A modo de respuesta, el hombrecillo hace resonar sus tacos.

–Gracias, joven. Mire. No sé; pero ayer no más me parece haber visto aquí un Esperadero de micros y...

–Efectivamente –la interrumpe–. Ayer había aquí mismo un Esperadero de buses, muy pintadito y con sus cojines recién almidonados.

– ¿Y qué pasó? ¿Se lo robaron?

–No. Lo que sucede es que ahora está ¡allá!, en la otra esquina; donde usted ve a ese montón de Aspirantes a Pasajeros y donde yo debería estar asesorando en esta hora pick y tan re contra pick. ¡Pick pick!

– ¿Y qué hace aquí, entonces?

–Le agradezco la pregunta. Lo que pasa es que son muchos. Y cuando son muchos se envalentonan y me pegan; y como además soy chiquito... De modo que estoy esperando a que pase la hora pick. ¡Pick pick!

– ¿Y por qué hace ese sonido?

– ¡PORQUE YA ESTOY LOCO!... Perdona. ¿Es usted, también, una Aspirante a Pasajero?

–Sí; me gustaría abordar La 105. –La felicito por su optimismo; pero primero va a tener que caminar hasta la otra cuadra y luego situarse en la vereda del frente, porque ahora La 105 no transita de aquí para allá; si no, ¡de allá para acá!

– ¡Oh!... Es que yo necesito ir ¡de aquí hacia allá!

–Seguramente lo dice por el Refugio que vio ayer en este lugar. Pero es el caso que hubo un pequeño desprolijamiento en su instalación. Es cierto que por fin el Esperadero de micros está en la cuadra correcta, no más que ahora se equivocaron de vereda; lo que obliga al bus a transitar en sentido contrario.

–Bien. ¿Pero sabe o no a qué hora pasa La 105?

–Afirmarlo sería incurrir en una temeridad. No obstante, según mis notas, este mismo bus que usted menciona tendría que pasar a las... 8 punto 58. Mejor dicho, ya pasó.

– ¡Cómo que ya pasó! Si yo lo estoy esperándolo desde las cinco de la mañana...

–Mi apreciadísima señora Aspirante a pasajero: Es posible que usted no lo haya visto. Recuerde que a veces los buses se apelonan todos al mismo tiempo y se tapan unos a otros. Por eso, en cuanto usted vea que a lo lejos viene un choclón de concunas y microbuses de todos los colores y tamaños, instálese de inmediato medio a medio de la calle; y podrá ver cómo todos ellos se precipitan sobre su persona como una manada de búfalos.

– ¿Y si me atropellan?

–No se me ponga difícil. Pero mire lo que son las cosas: allá viene un Sardina-móvil, me parece...; a menos que sea otro montón de gente desesperada de esos que corren de esquina a esquina y como si estuvieran locos. ¡Sí, es una Sardina! ¡Pero corra, corra que ahí viene! ¡Vamos! ¡Ándele, ándele, ándele!... ¡Pick pick! ¡Pick pick!

Y la señora en cuestión, corriendo que se las pela, parte hacia la otra esquina. Y cuando ya está casi por llegar al lugar, el bus la rebasa y... –¡Esto no me lo van a creer!– ¡Le para! ¡Sí, le para! ¡Y a ella, exclusivamente! Y eso que viene hasta la tuza. Por si fuera poco, se detiene con la puerta delantera un pichintuncito abierta; como invitándola a incorporarse. Ella, aún acezando, intenta colarse por el resquicio. Lucha desesperada por agarrarse de algún fierro... o corbata... o tobillo... ¡Lo que sea!; a tiempo que trata de comunicarse a gritos con el señor Operador:

– ¡SEÑOR CHOFER, SEÑOR CHOFER! ¡QUIERO HACERLE UNA PREGUNTITA!

– ¡SUBA PRIMERO Y PREGUNTE DESPUÉS!

– ¡YA SUBÍ! ¡UN SEÑOR MUY AMABLE ME VA SUJETANDO POR EL COGOTE!

(¡Pero, por favor, no me ahorque!) ¡SEÑOR CHOFER, SEÑOR CHOFER! ¿ME OYE?!

– ¡LA OIGO; PERO SI SE CAYÓ NO VOY A PODER REGRESAR A RECOGERLA!

– ¡NO, TODAVÍA NO ME CAIGO!... ¡OIGA, QUIERO SABER SI ÉSTA ES La 105, O NO!

– ¡Y CÓMO VOY A SABERLO YO!... ¡NO HAY NI PLANILLAS! – ¡SEÑOR CONDUCTOR! ¿ME OYE!?

– ¿¡USTED, OTRA VEZ!?

– ¡SÍ, SEÑOR!... ¡OIGA, PARECE QUE ALGUIEN!... ¡PARECE QUE ALGUIEN!... ¡ME ESTÁ BAJANDO LOS CALZONES!

– ¿Y QUÉ QUIERE?, ¿QUÉ VAYA YO A SUBÍRSELOS? ¡TRATE DE ACERCARSE MÁS A MI PERSONA!

Y la modesta trabajadora, usando su cabeza como un ariete, a codazo limpio y como quien mete una cuña a fuerza de combo, al cabo de algunos minutos y entre las lindezas que le suelta la demás gente, logra por fin atravesar el espeso muro de Pasajeros Reales. hasta quedar situada al lado mismo del señor Operador. Y siempre a grito pelado, le consulta de nuevo:

– ¡ASÍ QUE NO SABE SI ÉSTA ES La 105! ¡LE PREGUNTO PORQUE ES LA ÚNICA QUE ME SIRVE!

–Le sirva o no, señora, es la única que pasa por aquí. Y ya no necesita gritar porque va a mi lado; además que me puede despertar la guagua.

– ¿Cuál guagua?

–Esta; la que me encajó una mamita por mi ventana. “¡Por favor, déjemela en su Jardín!”, me suplicó.

– ¡Oh, de veras! ¡Qué linda bebida! Ni que fuera suya, por lo bien que duerme sobre sus rodillas. ¿Y las otras micros, señor?

–Las están enchulando para que parezcan nuevas.

– ¡Qué rico que dejaron ésta! Es la única línea que me deja en el Barrio Alto. Allí tengo que hacer mi cuarto trasbordo. Después dos troncales más y un acercamiento, y llego; a la calle Burgos.

–Lamento desilusionarla. Quizá este vehículo diga en alguna parte: “Barrio Alto”; pero de ahí a que efectivamente lleguemos hasta allá, ya es otro cuento.

– ¿Y por qué?

– ¿No se fijó? Mis pasajeros acaban de tomarse el bus. Consúlteles a ellos. Bip! Bip!

– ¿Usted también está rayado que hace así?

– ¿Y qué quiere? ¿No ve cómo me tratan? Me dicen de todo, menos mi nombre. Bip! Bip!

–Sí; ya me fijé que le aforraron con una pata de palo.

– ¿Así?... No me di ni cuenta; con tanta cosa como me tiran.

– ¿Sabe, caballero? Mejor me bajo. Me iré en el Metro.

–Yo ni lo intentaría. Las estaciones colapsan. Y por eso mismo se ha instruido a sus conductores que en aquellas estaciones adonde vean demasiada gente esperando, simplemente pasen de largo con el convoy.

– ¿¡Y por qué!?

–Peor es detenerse y caer en los atochamientos de siempre. Pero cambiemos de tema, por favor. ¿Le parece?

–Si usted quiere.

–Dígame, ¿cómo anda de salud? Porque le diré que yo ando con ciática. No me dejan bajar ni para ir al baño. Menos mal que un estudiante, el otro día, me tiró con una bacínica; y me ha servido bastante. Otro, con uno de los asientos; lo había arrancado de cuajo.

–Yo, de salud, estoy maomeno, no más. Últimamente ando con la depresión acelerá. En la tele estuvieron hablando de eso.

–Así que ve tele... Mal síntoma. Pero, por favor, métase más para acá. No le vaya a llegar un cadenazo de los que suben con bicicleta. A ésos les llaman “Los Transformes”. Usan la bici para cubrir las cuarenta o cincuenta cuadras que hay entre trasbordo y trasbordo. Así que, cúbrase. La gallá se apoderó del bus, pero aún les falta fijarme el recorrido.

– ¡Yo debo llegar al Barrio Alto, ahora mismo!

–Me gusta su determinación. Sin embargo, ya que insiste a irse en el Metro, le aconsejo que se ubique entre personas que vayan viajando con las manos en alto, como ordena la autoridad; por el manoseo y todo eso. Y tenga cuidado cuando avisen: “¡ÚLTIMA ESTACIÓN! ¡TODOS LOS PASAJEROS DEBEN DESCENDER!”

En cuanto oiga ese anuncio, escóndase debajo de un asiento; porque tan pronto bajen todos, usted descubrirá que los pasajeros han sido engañados; aún faltaba una estación.

– ¿¡Y por qué hacen eso!?

–Para llegar desocupaditos a la próxima parada; donde está el despelote más grande de Pasajeros en Potencia. Y si esa misma voz agrega: “¡ESTA VEZ LAS PUERTAS SE ABRIRÁN POR EL LADO IZQUIERDO!”, es otro ardid. Si usted cae en la trampa, va ir a dar derecho a las vías. En ese caso, si cae a los rieles, diga “pío”, rápidamente.

– ¿“Pío”?... ¿Y para qué?

–Porque va a pasar el tren contrario y usted no va a alcanzar a decir ni pío.

– ¿Se ha fijado, señor conductor, que la gente cuida al Metro? Ni una raya, ni un escupo; nada. ¿A qué se deberá?

–Buena pregunta. Sin embargo no pasa lo mismo con los buses. ¿Y qué me dice de los Esperaderos de Micros? A medida que los van instalando, la misma población los va destruyendo con un hacha. Por eso ahora los están construyendo bien apegaditos a las puertas de casas particulares para que los que allí viven, los cuiden. Y al parecer la idea funciona. “Ya que me lo instalaron aquí...”, dijo una vecina; y pasaba un plumero por sobre los asientos.

– ¡Sí; yo vi eso en la tele!

–Usted ve mucha televisión; empiezo a preocuparme. Dígame, ¿va muy incómoda? Si quiere, la llevo sobre mis rodillas.

–No puede; por la guagua.

– ¡Cáspita! ¡Se me había olvidado! ¿Va bien la bebé?

–Sí, todavía duerme; como un angelito.

–Por favor, vea si por ahí en alguna parte de sus pañales se menciona a qué Jardín pertenece. Yo no puedo.

–Yo tampoco. Voy apenas pará en una pata. Y perdí un zapato. ¿Sabe, señor? Yo no sé si el zapato se cayó o me lo robaron también, como mis calchunchos. ¡Qué me hayan sacado los calzones, caballero! ¿No es como mucho?... ¿O habrán querido violarme?

–A ver; permítame apreciarla... Mm... ¡No!

– ¡Y de a dónde saldrá tanta gente, digo yo!

– ¿Se fijó en ese radio patrullas; el que me adelantó recién? Llevaba gente ¡hasta en el techo!

–No lo vi. Pero acaba de pasarnos un patín, de esos que se empujan con el pie; con un hombre atrás y otro al apa.

–Todos cooperan.

–Bueno. Yo, de todas maneras, me voy a ir en el Metro. ¿Cómo me bajo?

–Créame. Es lo mismo. Y ya que está aquí; mejor siga aquí. Por lo menos va viajando. Y cuidado, no le vaya a llegar un cadenazo. Se están dando con tuti allá atrás. Bip! Bip! Bip! Bip!

– ¡Ay! ¡No haga así que me pone nerviosa!

–Perdone. Es que se me pegó el sonido de la maquinita. ¡Todo el día escuchándolo!...

– ¿Y a quién se le habrá ocurrido esto de los trasbordos? ¿Acaso estos señores políticos no andan en micro como todos nosotros? En la tele se les ve; y todos ellos pagando su pasaje.

–Usted, señora, se las cree todas.

–La cuestión es que tengo que llegar al Barrio Alto. Voy a trabajarle a los cuicos. ¡Y me voy a irme en el Metro, no más!

–Está bien, le voy a parar; pero no le va a servir de nada, le diré.

– ¿Y por qué no?

–Porque me acaban de reventar la puerta trasera; y como ambas puertas funcionan juntas, no hay cómo poder abrirlas. Tendrá que salir por una ventanilla.

– ¡Pero qué terrible es todo esto, señor chofer!

– ¡Dios mío! ¡Señora!
 – ¿¡Qué?!?
 – ¿¡Y la guagua que llevaba yo!?
 – ¡Sí, la guagua!... Que ¿no está?
 – ¿¡Acaso no está viendo que no está!?
 – ¡De veras que no está ná! ¿Sabe?... Hace un rato, cuando usted frenó brusco pa no chocar con ese carretón de mano lleno de monjas, yo sentí algo así como un golpe. ¿No habrá sido la guaguita que fue a dar debajo del motor? ¿Por qué no echa un vistazo?
 – ¡No! ¡No quiero ni mirar! Mejor pongamos la radio; puede que hablen de algún bebé extraviado. ¿Escuchamos?
 – ¡Sí! ¡Ya es la hora del Rumpy! No, no; de veras que yo tengo que bajarme.
 –Ya no.
 – ¿Cómo que ya no?
 – ¿No se fijó? Los pasajeros, finalmente se pusieron de acuerdo y me transformaron La 105 en uno de los Buses Clones.
 – ¿Y eso qué significa?
 –Que ahora vamos echo un peo hasta Recoleta y haciéndole collera al Metro.
 – ¿¡Y qué voy a hacer yo!?
 –No se queje; por lo menos va hacia alguna parte.
 – ¡Pero qué pacolítico!
 –Se dice “apocalíptico”. ¡Y esto no es nada, señora, comparado con lo que viene!
 – ¡Ay! ¡No me asuste, caballero! ¿¡Algún tsunami pa Santiago!?
 –Cada vez me convenzo más que usted ve demasiada televisión. Bueno, despedámonos. Encantado de haberla conocido, mi estimada. –Igualmente, señor. ¿Por su ventanilla, dice usted?
 –No le queda otra. Aproveche el semáforo.
 –Pero, ¿cabré por aquí?
 –Sí; apretadita. Espere. Meta la cabeza primero y yo la empujo desde atrás.
 – ¿Así?
 –Eso.
 –Oiga, no se aproveche. Y empuje más fuerte.
 – ¡Pero señora!... ¡Es cierto que le sacaron los calchunchos!
 – ¡Ay! ¡No me lo mire! ¡No me lo mire!
 Y la pobre señora ¡se va de puntita, con cabeza y todo directo hacia la calle! Pero justo cuando está por aterrizar sobre el pavimento... ¡Zas que pasa rajá una micro pirata y se la lleva ensartada en el parachoques! Y ella:
 – ¡Qué rico!... ¡Va pal Barrio Alto!

Antonio González San Martín

TALENTO JOVEN

Siempre

"SIEMPRE"

Recuerdo que dolió, saberlo dolió. Sin perjuicio de la constante indeterminada que condiciona el presente respecto de aquellas cosas inevitables que conllevan existir, sobre todo las que nos quitan el sueño o no nos dejan despertar. Ya habían pasado seis meses desde lo acontecido y aún faltaban un par de horas para lo que iba a ocurrir.

"Las valoraciones son construcciones sociales que la comunidad en general hace respecto de algo o alguien. Están condicionadas por un elemento meramente subjetivo de la esfera social...". Recuerdo perfectamente esas palabras de la clase de sociología, porque fue ahí donde caí una vez más en la cuenta de algo. Había sido una semana tortuosa y estresante. El sentimiento cada vez se hacía más profundo y el sol se sentía más lejos, era como mirar desde un agujero que se hacía más profundo hacia arriba todo aquello que en algún momento brillo con un sentido trascendente y póstumo.

Han sido durante meses las mismas pesadillas. Y a pesar que su forma era en cierto sentido accidental lo sustancial era en efecto lo mismo para cada una de ellas. Incluso trate de evitarlas no durmiendo, pero la paranoia nostálgica me seguía acechando en silencio desde la penumbra de mi habitación a la que escapaba por mantenerme despierto. De vez en cuando oía una melodía elfica, proveniente de alguna flauta en armonía con un arpa triste, que intentaba adormecerme y entonces aparecía aquel limbo onírico situado entre la muerte del sueño y la vida del despierto; es curiosa la mencionada analogía, ya que incluso se podría decir que para algunos se invierte la comparación dual, esto sería: el moribundo estado del desvelado y la vitalidad del subconsciente manifestado en sueño; para mí no hay diferencia, en ambos lados puede estar tanto la vida como su antagonismo. Sin embargo, la resistencia al natural descaso no perduró y tomar las píldoras para dormir o botarlas por la ventana terminó siendo irrelevante. Las pesadillas, como jauría de perros domésticos que se volvieron salvajes ante la hostilidad de las condiciones, alcanzaron el limbo y en ocasiones el vivir.

Fue entonces cuando me dejé llevar aquella noche que lo vi otra vez, pero no entre bosques, ni calles de artesanía o casas incendiadas, sino que de un modo muy distinto, esta vez cambió tanto la forma como el fondo, pero el quid estaba en un hecho confuso, pues logré ver ambos caminos y cada uno, cuyo sendero era distinto el uno del otro, me mostró una disyuntiva que me hizo caer en cuenta de lo que me dejaría vivir y aquello que me matará.

Anoche soñé con ese sentimiento de caer de la cama, pero no desperté, me dejé caer. Fue cuando caí en la cuenta.

"De pronto me encontré corriendo, huyendo de una sombra que me seguía y se hacía cada vez más inmensa. Después de los esfuerzos me vi ante un acantilado, el paisaje era desértico y anaranjado, como un atardecer con nubes negras. Volver fue lo primero que se me ocurrió, más la sombra se acercaba y no tenía intención alguna de descubrir que quería o, más importante aún, que era, así que di el paso faltante hacía adelante, hubo un estruendo en el cielo anaranjado y en la tierra que formaba el muro montañoso por el cual me deslizaba sin estrés, ni vergüenza, ni temor. No sentí el impacto, es más, simplemente de pronto estaba abajo y la sombra me veía desde el borde del abismo. El paisaje, sin sentido, era otro. No

había aridez, sino que una extraña vegetación digna de Verne. Y dos umbrales estaban ahí, en frente mío, esperando ser atravesados; eran iguales en apariencia, pero algo me decía que no iba a encontrar lo mismo en cada uno, así que elegí el de la izquierda y entré.

Estaba en mi vieja habitación de aquella ciudad que dejé atrás con mis papás hace unos años. Escuché voces familiares así que bajé a ver, pero había nadie, las voces seguían hablando y supuse que estarían en la casa contigua de adelante donde vivía mi abuela y solíamos reunirnos todos en familia los domingos para almorzar, de hecho el día tenía cara de domingo, pero también estaba vacía. Salí y la vi desde afuera, lucía vieja y desgastada y con ampliaciones nuevas que arruinaban la arquitectura original del hogar donde crecí. Las voces continuaban pero no había rastro de ser alguno. Decidí abrirme camino hacia el sur para ver si estaba en Valdivia; era un sueño y si decidía ir caminando hasta allá era posible, sin embargo, después sabría que este sueño no lo estaba controlando yo.

De pronto todo empezó a cambiar, las cosas iban perdiendo color a medida que avanzaba, la ciudad se tornó en carretera pavimentada, está en tierra, luego desierto y mar, el ambiente se tornó negro como el espacio y avanzaba pisando estrellas y viendo que lo que dejaba atrás no era la Tierra, sino la Luna, pero de su parte oscura y desde lo lejos, cuando miraba hacia atrás, veía que se desvanecían los astros, de tal modo que, sin darme cuenta, estaba ante nada, literalmente. Ni siquiera podría decir que la nada era una habitación infinita de color blanco o negro como el universo, sino habría visto desde algún punto más planetas, pero había nada. Lo único apreciable era su aparente infinita extensión. Y a pesar de haber caminado en línea recta en cierta dirección, cuando miraba hacia atrás para ver lo que había dejado el enfoque cambiaba y observaba desde arriba. En mi camino se despejaron todas las cosas que conocía hasta el punto en que se transformaron, desde la nada, en lo que creía conocer. Frustrado tratando de encontrarle sentido al panorama entré en desesperación y negación, no podía ser que después del todo hay nada. Intenté despertar pero las pastillas había hecho de forma efectiva su efecto. Comencé a gritar y maldecir, la lengua se me hacía larga y atravesaba mi garganta y caía de mi boca en retorcidos movimientos como una serpiente que cesaba en un estado de seca putrefacción, regenerándose una nueva que se degeneraba si gritaba, así que dejé de gritar. Hasta que lo vi, estaba a unos metros de mí, parado en la misma nada que yo, pero su apariencia era distinta, su cara estaba pálida, sin expresión e hinchada, sus ojos fijos en cualquier parte menos en mí, no me habló, no dijo nada, de pronto me miró como a un extraño, se dio media vuelta y se fue. Quise gritar pero no quería más serpientes en mi boca, así que lo seguí, pero en cuanto empecé a correr todo comenzó a vibrar y la nada comenzó a desmoronarse hasta extinguirse. La caída si la sentí y durante ella las voces se hicieron claras: "Muy, pero muy feliz cumpleaños; tranquilo por el fuego, yo te protegeré; me hubiera gustado poder estar ahí contigo, abrazarte y decirte lo mucho que te amo, no puedo...; eres mis ojos; todavía recuerdo tu carita; cuando me dabas tu manito; siempre voy a estar ahí para cuidarte, consolarte y aconsejarte; espero pronto poder volver abrazarte y decirte todo lo que te quiero frente a frente". Lloré y solo cerré los ojos para morir en un impacto que desee que fuera real, abrí los ojos y estaba ahí, cayendo conmigo y su rostro era como lo recuerdo, sonriendo, con una mirada tierna que siempre lograba comunicar, sin hablar, que todo estará bien, pero parpadee y lo perdí, ya no estaba y yo me vi otra vez frente a los umbrales. Esta vez entré al de la derecha.

Esta vez fue como estar despierto pero con más tranquilidad. Estaba en un sendero rodeado de árboles que en segundos vivían el pasar del tiempo y de las estaciones, por lo que sentí frío, calor y tibieza en un minuto. Era un ambiente agradable pero no vi a nadie, me sentí muy

solo, y pensé que al menos las voces me daban la sensación de estar acompañado aunque no fuera así. Hasta que la sombra de la cual escapaba fuera del umbral estaba tras mío, era mi sombra pero no obedecía mis movimientos; estaba ahí parada y sentí miedo, en eso se comenzó a hacer más grande, más de pronto sentí que me hablaban, pero no del exterior, el verso provenía de adentro de mí, "siempre"...y lo repetí en voz baja pero con decisión. La sombra volvió al suelo y se adhirió a mí física y entonces apareció nuevamente. Me sentí mal y quise llorar, pero lo reté angustiado con los ojos lloros y el ceño fruncido, "¿por qué te fuiste si nos amabas?!"; de pronto, mi voz se hacía aguda, tenía ocho años, luego no pude aguantar llorar y tenía quince, cuando lo extrañé tenía dieciocho, cuando lo abracé tenía veinte; él solo hizo un gesto queriendo pedir perdón y me sostuvo en sus brazos, acarició mis cabellos y me dijo "te prometí que sería siempre, lo siento, hermanito pequeño", los dos lloramos y todo se empezó a volver gris y el corazón me empezó a latir fuerte, sentía electricidad en el pecho y las voces volvían en la forma pero en otro fondo, escuchaba a una mujer llorar y alguien que me besaba para despertarme, quise luchar para mantenerme en los brazos de mi hermano y estaba dando resultado, hasta que sentí, en aquel sendero, que me miraron, quién me miraba se acercó y me tomó del hombro y me llevó fuera del umbral diciendo "déjalo descansar, pronto despertará, por ahora mantente con los ojos abiertos por él y por mí, ya lo entenderás", como un niño obedecí pero seguía descorazonado, salí del umbral y las voces se hacían más claras, subí el acantilado por el cual me arrojé, vi una sombra en la luna y la mía en mi fisionomía, el atardecer ya era noche y del desierto brotó verde, seguí caminando hasta una puerta que brillaba, las voces ya eran totalmente claras, todo fue oscuro, tenía los ojos cerrados, pero estaba ya despierto. Los abrí y estaban mis padres, mi hermana y mi novia. Vestían de negro y todo seguía igual, seguía doliendo. Había caído en la cuenta que ya no había nada más que hacer, más que mantenerme despierto y confiar en aquel que me miró y me dio esperanza, la cual no borra el dolor, pero si lo mantiene ocupado hasta que, como él me dijo una vez en una carta, "nos veamos y podamos decirnos todo lo que nos queremos". La felicidad para algunos ya no será una opción. Pero mientras, la locura sólo será una categoría social, la tristeza interna y las sombras de la luna, dependiendo de qué lugar miremos que nos sigue.

Ignacio Zúñiga

Pseudónimo: El Juglar Hebreo.

TALENTO MAYOR

Un cuento amorfo

Un cuento amorfo.

Una niña pequeña que crecía y que a los seis años se vio aterrorizada por los abusos sexuales en los que fue involucrada por el perverso hermano adolescente diez años mayor que ella, un padre ausente y una madre doliente.

Víctima de la circunstancia que vivió durante varios años intermitentemente, cuando tenía quince años de edad fue violada por un profesor de la secundaria y a consecuencia de la culpabilidad que le hizo sentir la madre de lo acontecido cuando era pequeña, calló la despiadada situación en la que su vil hermana perversa la envolvió.

Enojada, molesta y sin saber cómo actuar fue creciendo, ella pedía ayuda a Dios y como no se presentó, le pidió ayuda a los dioses griegos que tampoco se presentaron en alguna de sus plegarias elevando los brazos al cielo, no acudieron en su grito desesperado, en el que ella se preguntaba ¿por qué a mí?

Termino de estudiar la secundaria y ella quería ingresar a la preparatoria sin embargo la situación familiar le impidió realizar su decisión, la madre le dijo que estudiara Técnica Puericultista por la carencia económica y así fue durante un año y medio.

Ella creció distante de la “familia” y conoció a una chica que quería escapar de su hogar, ambas se pusieron de acuerdo y se fueron una mañana rumbo a Morelia sin embargo el dinero no les alcanzo y llegaron a Guanajuato, donde una señora las acogió por una noche en su domicilio y les dio el dinero que les faltaba para que llegaran a su destino.

En la terminal de Morelia no sabían que hacer y sin dinero, así que se pusieron a pedir a unos choferes y uno de ellos las invito a subirse al camión para que conocieran Playa Azul, como no tenían donde quedarse decidieron ir. El chofer envió a dormir en la parte trasera del camión a ella y dormida la violó, no respondió debido a lo domeñada que se encontraba por lo aprendido en años atrás. A este hombre le gusto y decidió quedarse con ella, la amiga se fue con otro individuo que conoció.

La llevo a vivir con un amigo chofer y su esposa les dio una habitación. Allí ella lloraba desconsoladamente porque este hombre le pegaba y la maltrataba verbalmente. La amiga se regresó a la Ciudad de México y ahí la madre de ella angustiada le pregunto dónde se encontraba y la fueron a buscar con una de las hermanas y el hermano abusador. La madre no la abrazo, no le pregunto porque se había ido, ni los otros, simplemente se dirigieron con el individuo y le preguntaron si quería casarse a lo que respondió que sí y a ella la obligaron a que tomara la misma decisión. De esa unión nacieron dos hijos. Ella decidió dejarlo un día que de un puñetazo le rompió la nariz con una lesión de segundo grado. Todas las hermanas no la querían en su casa porque decían que era una puta y obligada se regresó a la casa de la madre. La madre la recibió pero hablaba mal de ella a sus pequeños y se vio forzada a buscar la manera de salirse de ese lugar que le traía tan ingratos recuerdos y donde era tan despreciada y humillada.

Un vecino con el que había tenido un acercamiento, la involucro en situaciones perversas en las que ella no accedía y entonces le pidió estuviera con él. Mantuvo relaciones sexuales con él y se embarazo tres veces, de los cuales tres veces hubo de hacerse un legrado sin embargo

el cuarto era de peligro y la hermana que la obligo a casarse la primera vez, la obligo a irse con éste evitando así un cuarto legrado, porque si no lo hacía le diría todo a su madre.

Pasaron los años, sus hijos crecieron y termino casándose por segunda ocasión y él le pidió tener otro hijo, así ya tenía cuatro hijos. El segundo matrimonio se parecía a la farsa en la que había estado sometida durante su infancia. Los maltratos, los abusos verbales, los abusos psicológicos y la amoralidad en la que él se mantenía eran situaciones de discusiones constantes. Aun así ella decidió quedarse debido a que el segundo hijo varón la culpo desde su corta edad de que no tenía un padre por su culpa. Y para evitar otras quejas de los otros se quedó casi treinta años en esa relación fatídica.

Años después también se divorció harta de tanto maltrato e injusticia. La separación duro casi diez años en los que ella busco la manera de mantenerse y educarse. Empezó vendiendo enchiladas, tortas, ropa, y algunas cosas de su propia casa en varios negocios, entonces abrió una lonchería, después una zapatería y daba faciales a domicilio de Nuskin, pidió créditos, ofrecía los productos en las oficinas gubernamentales, obtuvo un reconocimiento por parte de la Dirección General de Desarrollo Económico y Regulación del Comercio “Servicio Municipal De Empleo” por su destacada participación en el taller de Auto-Empleo, curso la preparatoria Técnica en Enfermería General y estudio la Licenciatura en Filosofía en la Universidad Autónoma del Estado de México.

En la actualidad sus hijos hacen sus vidas aparte, terminaron dos de Licenciados en Derecho, otro Licenciado en Banca y Finanzas que ahora se encuentra cursando la Maestría en Comercio Internacional y el segundo que no quiso estudiar a pesar de los constantes esfuerzos que hizo ella por conseguirlo. Ella los apoya incondicionalmente a todos, pero esta segregada por la sociedad debido a su edad –casi sesenta años- y ahora está cansada, desencantada y decepcionada de esta amorfa prisión social, en la que nunca alcanzara la calidad de vida esperada debido al infortunio que sufrió en su niñez y que le ha dejado huellas insondables. Ahora ella recapacita su vida que se fue quedando atrás sin percibir siquiera de manera congruente las situaciones vividas y que al hacer la regresión en el tiempo la luz de la realidad se dispara mostrando a un ser privado de su identidad por causas ajenas a su voluntad en la que ella fue presa de la ignomia y la perversidad personal de cada uno de los habitantes de ese edificio institucional que carecía de toda lógica y aun de sentido común.

La realidad es ingrata, la sociedad es una descomposición de miles y millones de gusanos pensantes que se arrastran como viles sanguijuelas buscando sus víctimas sin importarles origen, edad o nacionalidad. El mal está latente, la sociedad está enferma, la suciedad prevalece porque los sistemas educativos adolecen, debido a que en todas sus fases los intereses de estas sanguijuelas está por encima de una identidad nacional, la justicia no existe, la libertad tampoco y el amor es una ilusión.

El robo de la identidad, el abuso de la ingenuidad, la creencia y las tradiciones afectan sobre la psique de un ser que se enferma por la incongruencia social en la que se somete al individuo desde su tierna edad y que a pesar de la inmundicia se deslava constantemente de ella en repetidas ocasiones para alcanzar sus anhelos que se creó a partir de la enfermedad y que se percata de que pocos son los que tienen una consciencia personal humanitaria de dignidad y de respeto a todo los que le rodean.

Ahora ella, la enferma habla y predice que la humanidad será destruida por su propio individualismo, por su desprecio a los valores personales, al bien común y al progreso de los valores sociales, porque todos tienen deseos de poder en sus variadas formas.

La vida es un coito.

Fin.

María del Rosío Flores Viveros

Pseudónimo: Binah.

Seleccionados

Ángel de otro mundo

Mientras todos dormían y reinaba en la noche un silencio casi total Sofía deambulaba por lugares que durante el día serían imposibles de transitar para ella. Lugares que llamaban su atención. ¿Sofía era sonámbula? Esa duda no será aún despejada.

La delgadez de Sofía más que escandalizar cautivaba, ya que, sus huesos pronunciados se contraponían a sus piernas tonificadas y torneadas a base de subir y bajar tantas veces el cerro San Cristóbal una y otra vez para hablar con la Virgen que, según ella, le transmitía mensajes de suma importancia. Cuando le venía esa urgencia, se las arreglaba para despistar la seguridad del lugar y escalar esa montaña que guarda tantas historias de tantas Sofías que deambula aquel sitio.

A sus 18 años ya había pasado por tres internaciones en sitios de salud mental. Una por dejar de comer aludiendo a que los alimentos estaban contaminados y este veneno le estaba aniquilando el alma, otra por golpear a la inspectora del colegio quien intentara obligarla a cambiarse el uniforme por el buzo en frente de sus compañeras y la última por sufrir una crisis nerviosa en el metro de Santiago en horario peak dejando a todos los pasajeros igual de nerviosos que ella con sus gritos y alaridos.

El diagnóstico difería con el transcurrir del tiempo comenzando por una anorexia disfrazada luego por un estrés adolescente y posteriormente por un principio de esquizofrenia. La verdad sólo Sofía y el interior de su mente lo sabían.

Y debido, a que gracias, a uno de estos supuestos avisos celestiales, ella había salvado la vida de su hermana mayor sus padres ya no intentaban detener sus fugas nocturnas. Fue así que, una noche, Sofía regresó a casa sobresaltada y muy agitada debido a que corrió desde el cerro hasta su hogar que estaba ubicado en Salvador con Providencia. Su pulso agitado, sus ojos llorosos casi sin aliento gemía: ¡¡Clarisa, Clarisa.... Debe salir, debe huir!!

Sus padres, quienes dormían en su alcoba en el segundo piso de la casa, bajaron corriendo impresionados. La madre de Sofía lloraba desconsolada y el padre más controlado intentaba entender lo que pasaba.

- ¡¿ Sofi que sucede ?!

La tomaba por los hombros y la remecía para hacerla reaccionar. Sofía, a ratos, perdía la mirada e insistía ahora con gritos:

- Clarisa debe salir de ahí, debe correr lejos ahora, no hay tiempo que perder, debes salvarla.

- Sofi, por favor cariño, cálmate nada malo ocurre con tu hermana.

Pero Sofi se ponía cada vez peor e insistía en que algo muy, muy malo pasaría con Clarisa y debía evitarlo.

- ¿Qué quieres que haga, mi amor, que hago?!

- Llámala ya papá pídele, ordénale que salga de ese lugar que corra lejos lo más lejos que pueda! –

Y para calmar a Sofi su padre accedió a su deseo y llamo a Clarisa, quien se encontraba en Valparaíso, en una pensión para estudiantes, donde ella cursaba tercer año de psicología en la Universidad Católica.

- ¿Aló, papá? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Mamá está bien? ¿Qué son esos gritos?

- Querida, debes salir de ahí ya-

- ¿Qué dices papá? Me estás asustando -

- Por favor, no preguntes nada, sólo sal de ahí, hazlo por tu hermana - Sofi estaba atenta a la conversación que su padre sostenía en el teléfono.

Quería asegurarse que Clarisa saldría de ahí ya.

- Pero papá, son las 4 de la madrugada a ¿dónde voy a ir? - - Sólo sal un momento, aléjate algunas cuadras, por favor, es importante –

- Está bien papá me pondré una chaqueta, las zapatillas y saldré, te llamo cuando me esté alejando -

- Gracias.

Clarisa, como estudiante de psicología, conocía los cuadros que sufría su hermana y accedió a la inusual solicitud de su padre. Lentamente, Sofi se empezaba a calmar aunque seguía alerta e insistía en que la Virgen le había advertido lo que sucedería.

Clarisa llama para avisar que ya estaba a 2 cuadras de la residencia cuando de pronto sucedió. Se oyó la explosión por el teléfono.

- ¿! Qué sucede Clarisa?! Que fue eso?! –

Nadie respondía

- ¿ Hija, hija estas bien ? Por favor, respóndeme!! –

- ¡Oh Dios mío! ¡Papá ha sido una explosión en la residencial!, ¿!Papái?

Al día siguiente salió en las noticias. Una mala instalación de gas había ocasionado el accidente que había dejado a 3 jóvenes fallecidos y a los demás en estado grave.

Así, Sofi, se fue transformando en una leyenda. Algunas gentes la consideraban simplemente una loca y muchas otras unas bendecidas de Dios capaz de comunicarse con la mismísima Virgen.

Sofi, no comprendía bien esta situación, no le gustaba ser acosada. Se iba ensimismando cada vez más. Se recluía en su habitación y se dedicaba a dibujar. Ya no salía tanto de noche porque no faltaba la fanática, que la asaltaba en el camino, con algún pedido desesperado. Pero hubo una noche en la cual Sofi si tuvo que subir a conversar con su Virgen. Fue una noche después de su sueño. Ella hacía caso a sus sueños. Sus sueños eran avisos que nunca erraban.

A veces, no sólo sueños sino voces que le insistían en un mismo tema. Muchas veces, la atormentaban, ella quería ya no escucharlas. Su sueño le habló esa noche y le contó lo que venía. Un fatal accidente. Todos muertos: papá, mamá y Clarisa. Sofi intentó llamar a papá, también a Clarisa y a mamá pero ninguno respondió a las llamadas. Ella tuvo que esforzarse, esta vez más, para subir el cerro y llegar a la cima.

Una vez arriba y de rodillas trató de comunicarse con la Virgen. Le habló muy angustiada, pero a diferencia de las otras veces, esta vez no le respondió. Sofi insistía, se acercaba más, alzaba la voz pero nada pasaba.

Sofi, lloraba sin consuelo, sabía que en cualquier momento la tragedia ocurriría si es que no había ocurrido ya. No entendía porque la Virgen no le respondía.

- ¿Estás enfadada conmigo porque deje de venir? ¿Como iba a saber que tanto te molestaría como para no querer hablarme?

A su mente volvían las imágenes de su sueño, veía mucha sangre. Sofi se tomaba la cabeza con las manos y la sacudía para espantarse esas imágenes que no cesaban

- ¿ Por qué no me ayudas!? ¿Porque me haces esto!? ¿i Tú me has enloquecido !! ¡Tú eres la responsable de que sea una enferma loca!!!!

Sofi de pronto calló. Ya no insistió más. Seco sus lágrimas y se levantó. Se acercó lentamente a la pendiente y fijo su vista en las luces de la ciudad que tan bien se podían observar desde allí. Pensó en su familia, en lo mucho que la amaban y se sintió feliz por un instante. Sofi saltó al vacío. Un guardia la vio en el momento exacto en que ella extendió sus brazos y como un ave se dejó abrazar por el viento. El guardia llamó a la ambulancia y a Carabineros.

Avisaron a los padres de Sofi quienes aún no emprendían el viaje de retorno a Santiago. Estos cogieron un avión para llegar más pronto. Nada había ya por hacer. Sofi no volvería. Siempre supieron que partiría temprano. Sofi era especial. Tenía una energía distinta. Llegó a un

mundo equivocado. Un mundo que no supo apreciar la belleza de la diferencia. Un mundo que no fue capaz de acogerla.

Al día siguiente, salió en los periódicos, que el bus de retorno a Santiago, bus cuyos pasajes estaban ya comprados y al cual debió haber subido la familia de Sofi de no haber recibido la llamada del accidente fatal, desbarrancó en la cuesta Las Palmas. Se cortaron los frenos de la máquina y nada se pudo hacer.

Todos murieron incluyendo el chófer. Una vez más Sofi salvaba la vida de su familia. ¿La Virgen escuchó a Sofi?

Si subes el cerro hasta la Virgen y observas con detalle pero con mucho detalle como Sofi lo hacía podrás ver una inscripción que dice: " Sofi Ángel de otro mundo"

Marcela Isabel Mellado Ponce

Pseudónimo: Paula Painepan

Crónica carnívora

Una pechuga y dos churrascos: crónicas carnívoras

Ella entra a la carnicería. No quiere mucho. Una pechuga de pollo y dos churrascos.

El carnicero la recibe a pura sonrisa y qué le sirvo señora, qué humedad que tenemos hoy, parece que va a llover.

El hombre de barbilla recortada en candado ya estaba ahí, conversando de fútbol, haciendo chistes y soltando carcajadas ruidosas de cuando en cuando.

- ¿Qué le sirvo, señora?

- Una pechuga y dos churrascos, por favor

- Cómo no.

Y el carnicero procede a descuartizar el pollo dando muestras de mucho profesionalismo.

El hombre de barbilla candado habla ahora por celular. Sigue haciendo chistes a su interlocutora. Chistes cargado de años, de hombritud, de porteñez porteña, de tipo experimentado y confiado en sus cojones. Pero con poca plata para fanfarronear del todo.

De pronto la tele, detrás del mostrador, lanza un nuevo titular.

Como si fuera un invitado más sacando tema de conversación: "Dos casos nuevos de justicia por mano propia. ¿Legítima defensa o asesinato?"

- Mirá, un carnicero, como vos. Dice el de barbilla cortando el celular. Y le hace un guiño cómplice a la señora. Ojo que son bravos los carnizas eh?

La señora sonríe sin ganas, sólo por no incomodar al barrio, y trata de concentrarse en la vitrina que oferta gruesos pedazos de carne ensangrentada. Eso no la ayuda a mejorar su situación. Tiene ganas de salir de corriendo. O de vomitar. O de pedir auxilio. Pero la tele sigue hablando y la atrae con sus titulares hipnóticos.

Un remisero se resistió a un asalto en San Martín, desarmó al ladrón y lo mató de dos tiros.

En Zárate, un carnicero persiguió a un delincuente y lo aplastó con su automóvil.

San Martín: No se sabe a ciencia cierta si fue un intento de asalto o una discusión.

Las declaraciones de los testigos son divergentes.

Zárate: Mientras el motochorro agonizaba en el piso, los vecinos le propinaban golpes y patadas.

Tuvo que intervenir la policía.

- Ni hablar!, retorna el carnicero sonriente. Mirá que un día de estos me agarran retobado y salgo con el cuchillo.

Los machos estallan en sonora carcajada. El cuchillo afilado termina de extraer lo más tierno del pollo y divide ahora la carne en prolijos bifés.

- ¿Cuántos me dijo, señora?

- Dos

- ¿Dos kilos?

- No, dos churrascos.

Ése también era un chiste. El carnicero lo repetía siempre, y ella solía reírse para dejarlo contento. Una sonrisa no cuesta nada, después de todo, pensaba.

Pero hoy no puede. El estómago le pesa como una piedra y algo por dentro le aprieta los labios, le cierra la boca para impedir la náusea.

Esto muestra el hartazgo de la gente, concluye el comentarista del noticiero.

- ¿El hartazgo de qué?, piensa la señora

- ¡Es que no puede ser, trabajás todo el día y vienen a chorearte! -exclama el hombre de barbilla, dispuesto a que lo oigan - ¡Tienen que aprender estos tipos!

¡No puede ser!

La señora recuerda al hombrecito de la empresa del gas que vino a tomar el consumo para mandarle una factura de miles de pesos que no podrá pagar. Es verdad, piensa, yo también estoy harta de que me roben lo que gano. Tiene razón. ¿Será que el mes que viene lo mato al hombrecito del gas? ¿Y sí prendo las hornallas y le meto la cabeza dentro del horno? ¿Y si lo amenazo con secuestrar a su mujer y comerla en guiso? Voy a ir presa, piensa la señora.

Ese hombre está trabajando, no me está robando. Me roba, pero por culpa de otros. No como el ladrón que le gusta robar.

Si el gas aumentó no es culpa del hombrecito del gas. En cambio el ladrón...Lo de la empresa de gas está bien, lo dijo el Presidente, eso no es robo....es...otra cosa..., reflexiona la señora sin encontrar los sustantivos. Le sube una arcada grande como una catarata triste. Y no vomita por no molestar al barrio.

- Acá nadie quiere trabajar

- Hay que darles plomo

- Son hijos del rigor

- Predicar con el ejemplo
- Negros de mierda...
- ¿Algo más?

La señora se queda muda. ¿Algo más? No. Nada más. Ya no sabe si le contesta al carnicero o al hombre de barbilla candado. En su bolsa de compras guarda la pechuga, los bifés y una imagen de los vecinos de Zárate pateando al moribundo ladrón aplastado por el carnicero. No éste carnicero. El otro. El que mató al chico atropellándolo con su coche. El Presidente declara más tarde que el carnicero, ése, el de allá, es "un ciudadano sano, querido, reconocido por la comunidad... y que la Justicia debería dejarlo tranquilo con su familia" mientras se investiga el caso. Pero la señora todavía no sabe que eso va a pasar. Por eso duda un poco sobre ese hombre. Duda un poco sobre su violencia descontrolada. Duda de los vecinos pateando a un hombre que agoniza. Recuerda películas antiguas, mujeres apedreadas, cuerpos torturados, linchamientos.

- Gracias, hasta luego, balbucea mientras sale del local.
- Gracias a Ud, que tenga un buen día, saluda amabilísimo el carnicero.

Mi carnicero debería ser más reconocido por la comunidad, reflexiona ella. Es una buena persona, un ciudadano sano y querido. Pero la gente de Buenos Aires no es como la de Zárate. Allá se vive más tranquilo, con menos estrés. La gente es más agradecida, más de confianza. Cuando llega a la esquina, se marea. Se sostiene del poste de la luz. Vomita. Vomita. Vomita.

Sobre la bolsa de pollo, de carne, de gente pateando un cuerpo ya asesinado. Con el estómago perforado por las balas de otros. Por las balas erradas y las balas nunca merecidas. La señora vomita.

Me debe haber caído mal el café con leche, piensa. Tira la bolsa de las compras y vuelve a casa a preparar una ensalada.

Marcela de Grande

Pseudónimo: Marisa Andrade

El punto medio

Siempre que apago la luz los siento llegar. Aquellos que llegan sin ser invocados, sin invitación. Seres que hablan sin boca, que te tocan sin manos, que te ven sin ojos. Seres que viven en la oscuridad que buscan la luz para caminar entre las sombras. Se mueven a través del viento, se rompen para atravesar muros y se construyen de nuevo después de cruzarlos.

Mi corazón se acelera, mi respiración se incrementa y es cada vez más ruidosa, mis manos tiemblan, están aquí, han llegado. No puedo comunicarme con ellos, no sé cómo hacerlo. Tal vez no deba. ¿Cómo les digo que se vayan? ¿Por qué deberían quedarse?

Le temo a la noche, odio la hora en que tengo que apagar la luz e irme a la cama. ¿Por qué me persiguen? No conozco su forma, no sé si tienen un rostro, no sé de dónde provienen pero los rechazo con toda mi fuerza, no sé qué quieran pero tampoco me dispongo a escucharlos.

Pasan las noches, una tras otra donde estoy bajo las cobijas, con los puños cerrados de miedo y tensión, tratando de que la noche pase una vez más, siempre pensando que alguna vez tendré el valor de enfrentarlos. Pero ya no puedo esperar, no sé si pueda soportarlo, pero lo haré, esta noche lo haré. Los siento llegar, están rodeando mi cama, esperado paciente y solemne, torpemente enciendo una vela, la luz que necesitaba la oscuridad para crear el punto medio, ahora ya pueden caminar entre las sombras. Yo también.

Gala Fernanda García Rubio Ruíz

Pseudónimo: Freyja.

Época extraña

Mi vida fue un poco mala. Sentía que nadie en este mundo me amaba y siempre muy solo. Por lo tanto, decidí desde mi jodido y casi forzado despertar sexual a muy temprana edad continuar con este bello placer que me hacía sentir dichoso. En aquel día descubrí nuevas formas de belleza, nuevos aromas, nuevas formas, nuevas texturas de piel, nuevos colores y nuevos sabores. Ese día se dio inicio a un apetito irreversible.

Luego de aquel día este apetito continuó y comencé a casi fatigar a mi pareja por mis continuas exigencias en nuestra intimidad. Ella era bella por dentro y por fuera y sentía demasiada culpa, ya que me complacía hasta en mis más oscuros deseos. Pero mi apetito por experimentar otros cuerpos promovía mi infidelidad.

Muy inconsciente del amor que ella siempre me entregó yo continuaba sin detenerme.

Aquellas mujeres que enfermaron mi mente enseñándome su profesión me dieron demasiada experiencia en lo que a veces concuerdan las mujeres en cuanto a lo que les causa placer. Pero venía el hecho de que mi mujer me amaba y yo no lograba empatizar con ella ya que yo no me sentía amado. ¿Qué clase de criatura era yo? No era capaz de amar. Deseaba recorrer con mi boca a todas las mujeres más virtuosas en su belleza. Hacer esto me provocaba cada vez más hambre de más experiencias hasta con distintos grupos etarios.

Los excesos dejaron huella en mi cuerpo. Garras en mi espalda alta, moretones en mi cuello, dolor en mi lengua y falo, mordidas en distintos lugares. Todo esto me encantaba. Fuera de toda moral me sumergí en este mundo. Un día mi mujer estaba sentada a los pies de nuestra corrompida cama.

Estaba ella, tan bella y sollozando. Le pregunte que sucedía y dijo: trato con toda mi alma no creerlo. Pero sé lo que haces hace mucho tiempo. Nunca pensé que siendo tan virtuoso a mis ojos harías tamaña traición. Descubrí su rostro que era cubierto por sus delicadas manos y vi sus ojos junto con su contorno irritados y una expresión de dolor y tristeza que me conmovieron a tal punto que desee estar muerto. Inevitablemente imagine toda su dulzura, todo ese amor tan grande e incondicional junto con la sutileza de su estructura anatómica somatizada con un dolor indescriptible. Y por primera vez en mi vida me sentí amado y a la vez nació el amor, la empatía, la culpa a niveles indescriptibles y llore con el mismo dolor y tristeza que ella reflejaba. No podía creer lo que había hecho. Esa pasión desenfrenada me llevo a querer suicidarme. No entendí nada de lo que hice. No podía con ese sentimiento ¿Cómo no podía sentirlo antes? ¿Era algo tan grande el amor? Siendo que ella se dedicaba absolutamente a complacer todas mis peticiones, todas mis más oscuras perversiones y aun así la mire con atroz vergüenza y me dijo: tú tienes un problema...y tu problema hace que yo desee morir, pero te amo.

Estas palabras me impactaron. Luego de todo lo que yo hice ella aun me seguía amando y yo la ame mucho más de lo que creí en toda mi vida, y dijo: yo quiero que sanes tus males y te daré la oportunidad de tratar tu problema con un especialista. Esto me impacto mucho más y sentí el dolor. Mis ojos no paraban de llorar. Esta mujer que se entregó a mis egoístas deseos sabiendo lo que hice me daba una oportunidad. El exceso de culpa me rompió el alma y me sentí no merecedor de aquel ángel que la vida trajo a mí. No podía concebir tanta belleza, tanto amor y tanta culpa. Le dije: debes de darme un castigo. Y ella me besó una mano y me dijo: esto es amor y yo soy fiel a lo que siento, sólo te pido que te ayudes a ti mismo y sanes tu locura. Le pedí perdón llorando en su regazo y dijo: yo te perdono hace un tiempo, pero no sabía cómo ayudarte. Cuando dijo esto me estremecí de dolor y me desmaye.

Cuando desperté estaba recostado en mi cama y llore amargamente. A mi lado estaba mi bella y única mujer con ojos tristes y a su lado un hombre, el cual dijo: le explicaré: esta enfermedad se llama esquizofrenia y usted la padece. Todos los eventos que usted cree haber vivido son falsos. Quizá todo parecía real pero no. Y yo dije: pero si ella me hablo de traición...Mi mujer rompió en llanto. Y el doctor dijo: eso también lo alucino. Pero yo pensé en lo que creía saber y busque una respuesta lógica y fue casi un alivio escuchar todo esto. Había logrado sentirme amado. Había logrado amar. Pero a la vez me dolía que a ella le doliese tanto. Si todo esto era cierto podía ser feliz con ella. Pero mitad desgraciado por mi enfermedad. A veces la vida nos da lecciones y experiencias que son estremecedoras y nos da aprendizajes. Esta experiencia me hizo entender realmente lo que el amor puede sanar en una persona y por primera vez en mi vida me sentí agradecido.

Bastian Marcelo Leyton Galdames

Pseudónimo: Fidelio

Hace cinco días amanecí alcachofa

Hace cinco días amanecí alcachofa. Cocida. Quien dormía a mi lado, no me creía que era alcachofa cuando despertó. Le dije: pruébame. Saco de mi mano un dedo, lo raspó con sus dientes y saco carne. Me dijo que no distinguía bien el sabor; hicimos juguito de limón, aceite y sal para probar con el gusto aprendido. Esta vez sacó un pie y con sus paletas arrastro la piel después de untarla en la enjundia.

Se concentró un rato y luego dio su veredicto, efectivamente yo era una alcachofa. No sabía si tenía que ser comida o más bien esperar a que durante el transcurso del tiempo supiera mejor que hacer. Salí a caminar, probé si las personas me miraban distinto, y en realidad, no pasaba nada especial, me cruzaba como una transeúnte más. Pase el día con esa extraña sensación de ser alcachofa y que solo lo sabía una persona más.

Cuando nos volvimos a encontrar en la cama con la persona que duermo, nos preguntamos qué pasaría si tuviésemos sexo. Pensé que en mi nuevo cuerpo se le llama corazón y poto a la parte principal de las concentraciones de carne. Creí mejor esperar a amanecer de cuerpo humano. Me picaban por dentro las espinas. Me dormí.

Al día siguiente amanecí sopaipilla. Y así voy hasta ahora: Lunes 13- alcachofa

Martes 14- sopaipilla

Miércoles 15- jengibre

Jueves 16- papa frita

Viernes 17- galleta museo

Me dejo probar a quien se ha dado cuenta, a modo de fenómeno.

Matilde Amigo

Llegan los gitanos

Es domingo al mediodía. Tocan el timbre de mi casa, que no funciona, y salimos con mi esposa, expectantes, luego de habernos jurado que no íbamos a transar un precio menor al acordado entre nosotros. Ellos se acercan al objetivo con profesionalismo, tras un saludo rápido. Miran los neumáticos. Les abro la puerta, esperando que abra y no se desprenda la goma del marco, que pudiera estar pegada debido a los meses de abandono. Preguntan por el motor y tiro la palanca para abrir el capot. He ahí el primer fallo: el capot no abre, quizás obstruido por las hojas secas de la ligustrina o por las telarañas que se han hecho fuertes. Empiezan a hablar en romané, y mi esposa y yo nos miramos. Se revelan como lo que son: gitanos. Explican que deben preservar la cultura, aunque saben que es mala educación hablar en su idioma ante otras personas. Esperan una reacción nuestra, que no llega. Eso ya es bueno. Luego les hablamos de nuestro interés por la cultura, por su cultura, y ahí la situación empieza a ser francamente favorable para ellos. Estamos en sus manos, y nosotros nos damos cuenta de aquello.

Mi mujer finge ir a buscar algo, para llamar a mi suegro de emergencia y corre al computador colocando en Google: "riesgos de vender un auto". Uno de los primeros en la lista es el secuestro exprés. Los gitanos alardean de sus conocimientos del negocio y nos hacen una oferta ridícula, haciéndonos ver que se arriesgan mucho al comprar un auto detenido, aunque ya saben que no tiene multas pendientes (!). En mi fuero interno les encuentro algo de razón, y entro en explicaciones de lo que ocurrió con el auto y del cuidado que tuve en no volver a echarlo a andar después de ese evento, que no era más que la falla de la bomba de aceite, que alcanzó a provocar un golpeteo en el motor y que el mecánico (también) me quiso estafar y hablaba de un afinamiento completo, con cambio de anillos y no sé qué más.

Hago una contraoferta, igualmente ridícula y por supuesto por debajo del precio menor acordado con Oliva. Ella ya sabe que estamos perdidos, al igual que yo, y está un poco ida, barajando las posibilidades de escapar de un secuestro, recibir billetes falsos, robo con violencia en el domicilio y todas las anteriores, con lo cual en su mente la venta del auto ha pasado a un segundo plano. No me diga usted que no tiene prejuicios contra los gitanos, si de pequeños nos decían que se robaban a los niños y que eran ladrones y cochinos y había que arrancar de las gitanas que trataban de tomarle la mano a uno para robarle en lugar de verle la suerte y que por algo no se ven la suerte entre gitanos. Entre su oferta y mi oferta, llegamos a un valor ridículo, que nos juramos no revelar con mi esposa, por lo vergonzoso del precio en que se fue el auto. Nos dimos la mano, entre chileno y gitano y quedamos en que ellos irían a buscar los billetes y, después de eso, nos llevarían a una notaría ubicada en una venta de autos.

En esos minutos de gracia, sería media hora, Oliva me muestra los resultados de Google, vuelve a llamar a su papá y me hace ir al almacén de la esquina a preguntar si tienen máquina para detectar billetes falsos. Vuelven los gitanos, decididos. Saben que están haciendo el mejor negocio del último tiempo. El que hace de líder me estira el fajo de billetes y yo, tratando de ser natural, lo invito a que lo vayamos a contar al negocio de la esquina. El accede, un poco divertido y sin ofenderse de ningún modo. Es gracioso ver esa marca fosforescente que corrobora, uno a uno, que el riesgo menor desaparece. El almacenero, también negociante, me dice que él me habría comprado el auto por más que eso, clavándome otra espina por puro gusto. Como condenados camino al cadalso, volvemos a la casa y nos entregamos en las manos de ese par, que toma todo el control de la situación. Alcanzo a repartir los billetes en uno o dos escondites secretos de la casa y no sé si le pedí algo a Dios o al destino.

Me veo, como en un sueño, dentro del auto gitano, con Oliva que intenta que nos vean los vecinos, para tener testigos en caso de que nos pase algo. Llama a mi suegro, para decirle que volvemos pronto y que vamos camino a una notaría ubicada en Américo Vespucio, que luego lo llama. Los gitanos también reciben una llamada y responden crípticamente: "no, está todo bien", con lo que Oliva y yo nos sentimos oficialmente secuestrados. Casi presumiendo, el líder de los gitanos intenta hacer un negocio comprándole la camioneta a un tipo que se detiene en un semáforo, junto a nosotros, los secuestrados. No llegan a acuerdo. La venta de autos está lejos, por la carretera, lo que genera muchas posibilidades de salir de Santiago, pero no, nos acercamos al Cementerio Metropolitano y, tras un viraje, aparece una venta de autos.

Miro el lugar, trato de ubicarme, echo mano de mi cámara fotográfica digital, como si fuese un revólver. Hay, digamos, una notaría, en que el gitano se conoce con la encargada. Nos damos vueltas, sonreímos a la fuerza, pedimos fotocopias de todo. Tomo fotos. Y me atrevo a la más audaz: le pido a Oliva y al gitano que sonrían y disparo. Ella sonrío de puro nerviosa, así es que en la foto sale bien. Hecho el trámite y llenados los papeles que aún no tienen ninguna validez, mientras no los firme el verdadero notario, que reside en otra parte o solo firma de lunes a viernes, viene el regreso y el desprendimiento del viejo Daewoo (marca discontinuada, como bien me lo hizo presente el gitano durante la negociación del precio).

Después de varias vueltas llegamos a un sector de Maipú, donde aparecen más gitanos. Apagan el motor, porque van a buscar una sogá. Hace calor y, sin hablar, dentro del auto, Oliva y yo sabemos que estamos pensando lo mismo. ¿Qué estamos haciendo y cómo llegamos a este momento en nuestras vidas? Como ratas miramos por el retrovisor y por las ventanas. Aparece una sogá y no sabemos si tiene que ver con nosotros o con la finalidad declarada de tirar el auto. Tiran la cuerda al piso, y volvemos a respirar. Retoman la marcha y llegamos a Pajaritos, como avenida principal. El rumbo se aclara y sin necesidad de indicaciones llegamos a la puerta de nuestra casa. Las calles son de ellos, más que nuestras.

Seguimos tratando de empatizar, como al principio y durante todo el camino. Logro que me inviten a un "té gitano", pensando en toda la inteligencia práctica que no poseo y que a ellos les sobra. Le digo a Oliva, entusiasmado, que ser amigo de gitanos es como ganarse el Loto.

Ella me mira con escepticismo. Veo la pericia con que amarran el auto, después de haberme subido a él por última vez, para que lo empujaran a la calle. Miro cómo ya no es mío. Se hace carne la prosopopeya. Siento que le duele, que le van a hacer daño, que no lo van a querer igual que yo. Veo su parte posterior y no alcanzo a tomarle una última foto. Es tan absurdo creer que ese montón de latas, de partes y piezas, era parte de la familia. Mientras veo cómo el auto vuela y se aleja, recuerdo a ese miserable señor Zachary Smith de "Perdidos en el espacio", que trataba de "cabeza de chatarra" al robot B9, que era más noble que él, y no puedo reprimir una mirada triste. Todavía estamos esperando el papel oficial de la notaría, sin sentirnos libres del todo de un fraude post venta que nos involucre, mientras pienso, con esperanza, que quizás todavía podría llegar a convertirme en uno de los afortunados chilenos favorecidos con la amistad de los gitanos.

Guillermo Toro Araneda

Pseudónimo: Redbull

Pan dialécticamente milagroso

Corrían los años ochenta, período en que los jóvenes o parte de ellos, aunque se disponían a luchar en contra de la dictadura, no se olvidaban de su etapa de jóvenes y buscaban igualmente divertirse junto a otros y otras, conocer, estudiar pese a las dificultades que colocaba el régimen, eran objetivos presentes, aun cuando si éste los veía demasiado juntitos, de algún modo se las arreglaba para ir en contra de ellos.

Fue en ese periodo que un grupo de siete hombres y dos mujeres amigas, se preparan para salir a conocer el sur, obviamente ni en auto, ni en tren, ni en bus, nada de eso, si no que mochileando. El acuerdo era reunirse en cada plaza de pueblo en tanto se alcanzara la meta y esperar allí a los que iban quedando atrás, armando carpas o buscando lugares de refugio para pasar la noche.

Cómo es lógico algunos lograban hacer dedo con buenos resultados, llegando antes que los demás, mientras que a otros les era más difícil; esto favoreció el que parte de ellos se fueran agotando dado que tenían que caminar más y por ende se iniciaron las bajas, el trayecto se hacía ameno pues una guitarra, una canción subían los ánimos, pero esto no era suficiente para mantenerse en la ruta; luego las lluvias del sur de Chile fueron humedeciendo ropas y mochilas por lo que algunos cayeron enfermos, de tal manera que por esto también desistieron, es así que finalmente de los diez quedaron tres en el camino.

Avanzaron hasta Chiloé, lugar dónde gran satisfacción sintió especialmente la muchacha, cuando vio con letras gigantes para ella, "Bienvenidos a Chiloé", ella se había planteado llegar hasta allí y lo conseguía tras convencer a su pololo y al otro amigo al cual le dijo anda con nosotros, pues de ese modo evitaré quedarme embarazada, tiempos de pocos recursos para pastillas y la negación a tomar las entregadas por consultorios, hacía que la mujeres o parte de ellas buscasen protegerse de otro modo; el amigo solidario fue junto a ellos y la pareja supo respetar el hecho de que se trataba de una sola carpa, por ende, evitarían entrar en los juegos amorosos propios de cualquier pareja. El tercer amigo era el que tenía un poco más de recursos, por lo que pudieron seguir mochileando gracias al préstamo que éste les hizo, no obstante igualmente a él se le agotaron sus recursos, por lo que debieron iniciar la vuelta.

Ya con poco dinero tuvieron la suerte de ser recogidos por una camioneta de color rojo, se describe suerte, dada la gran cantidad de mochileros esperando que alguien les llevase, pues finalizaba febrero y había que volver a la capital, para retomar el juego peligroso de ir en contra de la dictadura.

La camioneta los llevó hasta Frutillar, hermoso lugar, pero difícil de habitar por un mochilero, allí pegado a las calles y a las casas estaban los prejuicios, que si son mochileros son mala gente, pobre, drogadicta, en otras palabras, peligrosos, armar carpa era dificultoso, menos pensar en "machetear", se trataba así de un lugar cerrado, sin embargo no había alternativa, debía hacerse allí pues ya era la noche, con hambre y solo tres escudos se disponían a hacer fuego sin embargo la leña altamente humedecida no encendía...

Con los tres escudos que contaban; la chica les dijo al par de compañeros que salieran a buscar pan, que igualmente ella intentaría seguir haciendo fuego, estos fueron sin dificultad; volviendo al poco rato sin nada y refiriendo que estaba todo cerrado y que aquello era evidente pues era día domingo, más considerando que había llovido.

Ella no lo pudo creer, su hambre era superior y les llamó la atención sobre cómo era posible que no hubiesen dado con ningún lugar para comprar un mísero pan, por ende se propuso ir ella misma, de forma directa y fue así como les quito el dinero y salió en busca de pan, pensando que si o si debía encontrarlo, pues su hambre era mayor.

Fue confiada en ello, recorriendo algunas calles, cuando repentinamente se produce el hecho ¿mágico, milagroso, loco...? A esta fecha no se lo puede explicar, pero en medio de la calle, como que alguien lo hubiese dejado allí, sin mediar vehículo alguno, se encontraba un pan redondo, como son los panes del sur, esponjoso, de color dorado, ¡lino lo podía creer!!!! más considerando que el pan se encontraba tibio, tamaña fue su sorpresa y dio gracias a lo que fuera o a quién fuera, que hubiese dejado el pan allí, pues ya no se dormiría con hambre...

Volvió feliz donde sus amigos, quiénes no le creían el relato, mostró el dinero para corroborar el que no lo había comprado, ellos como buenos políticos decían que aquello no podía ser, agregando - ¡como dice esas cosas compañerita! - no sea mágica, esas cosas no existen-, ¿sabe algo de dialéctica y materialismo? Ella por no parecer menos instruida en esas materias, guardó silencio y pensó que tal vez no sabía mucho de materialismo y dialéctica, pero que ahora si sabía algo de magia o de milagro, porque lo había vivido.

Comprendió de este modo que en la vida había otras cosas u otros modos de percibir y que por lo tanto no desecharía esta vivencia, cuya fascinación quedó impregnada en su piel, a partir de aquello supo ver cada vez con mayor claridad lo fascinante que era que en la cotidianidad le ocurrieran cosas o viera cosas que la mayoría comprendía de un modo distinto a ella. Esa fascinación le quedó pegada a la piel, la cual no quiere mudar en medio de tanta locura considerada normal. Así para no entrar en contradicciones pensó "he conocido y comido un pan "dialécticamente milagroso".

Susana Gavilanes

Pseudónimo: Colibrí

Abisal

I

La lengua de Padre se desliza por mi cuello. Siento el roce de colmillos sobre mi tráquea. Sus dedos recorren mis muslos, como una daga asesina. Humedezco mis labios, busco los suyos hasta encontrarlos, hasta morderlos y desangrarlos en mi lengua. Padre me observa, con esos ojos llenos de vacío, con esa perversión tan suya que enamora desde la cuna.

Padre toma mis muñecas, las aprisiona sobre mi cabeza. Padre un demonio, una venganza de ojos claros, un animal hambriento que rompe mi ropa hasta desnudarme. Inútiles son mis esfuerzos por apartarlo, por cerrar mis muslos.

Siento sus dedos humedecerse y humedecerme. Contengo mis gemidos, cierro los ojos, muerdo mis labios.

La pelvis de Padre contra la mía. Siento la tierra temblar entre mis piernas, sangro en él y sobre las sábanas. Padre susurra algo en mi oído, besa mi frente, hurga en mi piel y en mis huesos. Cruzo mis piernas sobre su espalda, lo abrazo y recorro sus cicatrices con mis uñas de niña.

Su piel es un lienzo, un relieve, una escultura hecha por las uñas de Madre.

II

Oscuridad. La nada. Despertar, paredes blancas. Silencio, alfileres en los tímpanos. Golpes de cascots sobre las piedras, él vuelve: casa. Trae consigo la montaña, el invierno viento nieve, el infierno helado de sus manos.

Amarrará el caballo al establo, entrará por esa puerta, con las botas inmundas, con el rostro lleno de muerte. Con los ojos entreabiertos observará nuestro vino, tomará una copa, junto a la ventana.

No diré nada. Inútiles serán mis palabras, caerán al vacío de sus córneas, seré otra vez la sombra proyectada, como cualquier mueble de nuestra casa.

Correrá nuestra hija la escalera, serán mil veces los cascots sobre las piedras, en los pies desnudos de mi niña.

Dejará la copa en el suelo, la tomará en sus brazos, se mirarán como siempre, sin decir palabra. Como un espejo en el agua, tendrán las mismas facciones, los mismos gestos, oliéndose como animales, sonreirán y sus colmillos idénticos iluminarán nuestra casa.

Me perderé en la cocina, cortaré verduras como si fueran sus manos, las de él y de ella. Los dedos cercenados hirviendo en la olla, el aroma del aliño y la carne, el aroma de los dedos de mi esposo y mi hija.

III

Madre enloqueció, peleó con Padre. Madre intentó clavar un cuchillo en el cuello de Padre, pero Padre salió de la casa. Madre lloró todo el día. Madre me llevó a mi cama, me leyó un cuento. Madre pensó que yo dormía, salió de mi pieza, se fue al establo.

Los pies de Madre se mueven en el aire, tiene el rostro morado y la lengua afuera, creo que me mira, pero ya no, sus ojos son dos bolas blancas. Miro mis pies, están desnudos, como los de Madre.

Padre me lleva en brazos, siento su barba raspar mi mejilla. Padre se detiene, me deja en el piso, se arrodilla, me toma el rostro con sus manos, me observa; puedo ver el bosque en sus ojos, y vi, medio una mancha negra, tan negra como la noche.

Padre corta leña con sus brazos fuertes, lo observo desde la cocina, preparo la comida, canto, estoy contenta. Escucho el ruido de un motor que se acerca. Padre aprisiona con fuerza el hacha en sus manos, mira la ventana, me ve tras ella. Ellos se bajen, apuntan a Padre con sus fusiles, le dicen que tire el hacha. Padre se queda inmóvil, Padre deja el hacha en el suelo, uno de ellos se acerca, quiere esposar a Padre. Padre sonríe, Padre lo toma del pelo, lo apuñala con su cortapluma en la garganta. Un disparo, Padre cae.

No escucho mis gritos, pero ellos sí.

Jorge Andaur Ríos

Pseudónimo: Damián Aenima

INDICE

Prólogo	4
Introducción.....	5
Reflexión.....	7

INDICE DE AUTORES

PRIMEROS LUGARES

Primer lugar: María Cristina Pino Araya	10
Segundo lugar: Natalia Costa.....	14
Tercer Lugar: Héctor Gómez Fuentes.....	16

MENCIONES HONROSAS

Espíritu Pegasiano:

Antonio González.....	19
-----------------------	----

Talento joven:

Ignacio Zúñiga.....	24
---------------------	----

Talento mayor:

María del Rosío Flores.....	27
-----------------------------	----

SELECCIONADOS

Marcela Isabel Mellado.....	31
Marcela de Grande.....	35
Gala Fernanda García Rubio Ruiz.....	38
Bastian Leyton Galdames.....	39
Matilde Amigo.....	41
Guillermo Toro Araneda.....	42
Susana Gavilanes.....	45
Jorge Andaur Ríos.....	47

Cuéntanos tu locura II

Compilación

Se terminó de imprimir en el mes de Noviembre del 2016
en los talleres de
Arriba del Pegaso Ediciones

Facebook: Arriba del Pegaso Ediciones

Tiraje inicial de 50 ejemplares